SOMBRAS

CUENTOS DE EXTRAÑA IMAGINACIÓN

castillo
A Macmillan Education Company

SOMBRAS

JOSÉ LUIS ZÁRATE · KAREN CHACEK
RAQUEL CASTRO · RODOLFO JM
ERIKA MERGRUEN · CECILIA EUDAVE
ANDRÉS ACOSTA · ALBERTO CHIMAL
JAIME ALFONSO SANDOVAL

UN PROYECTO DE
CARLOS SÁNCHEZ-ANAYA GUTIÉRREZ

CUENTOS DE EXTRAÑA IMAGINACIÓN

CASTILLO DE LA LECTURA

Dirección editorial: Cristina Arasa
Coordinación de la colección: Mariana Mendía
Proyecto y edición: Carlos Sánchez-Anaya Gutiérrez
Cuidado de la edición: Mónica Romero Girón
Formación: Fabiola Guadalupe Pérez Solís
Ilustración de portada: Abraham Balcázar, Nora Millán y Richard Zela
Ilustraciones: Abraham Balcázar, pp. 14-15, 64-65, 146-147; Nora Millán,
pp. 28-29, 54-55, 116-117; Richard Zela, pp. 48-49, 92-93, 126-127

Sombras. Cuentos de extraña imaginación

Textos D.R.© 2015, "Los mimos no hablan", José Luis Zárate; "Ocho sombras", Karen Chacek c/o Indent Literary Agency www.indentagency.com; "¿A qué le tienes miedo?", Raquel Castro; "El hijo del carnicero", Rodolfo JM; "El motín de las sombras", Erika Mergruen; "Reflejos de luz negra", Cecilia Eudave; "Hurtos", Andrés Acosta; "El sucesor", Alberto Chimal; "Esa tos", Jaime Alfonso Sandoval.

Antología D.R.© 2015, Carlos Sánchez-Anaya Gutiérrez

Primera edición digital: septiembre de 2017

D.R. © 2017, Ediciones Castillo, S. A. de C. V.

Castillo ® es una marca registrada.
Insurgentes Sur 1886, Col. Florida.
Del. Álvaro Obregón.
C. P. 01030, México, D.F.

Ediciones Castillo forma parte del Grupo Macmillan.

www.grupomacmillan.com
www.edicionescastillo.com
infocastillo@grupomacmillan.com
Lada sin costo: 01 800 536 1777

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana.
Registro núm. 3304

ISBN Digital: 978-607-621-949-2

Prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra por cualquier medio o método, o en cualquier forma electrónica o mecánica, incluso fotocopia o sistema para recuperar la información, sin permiso escrito del editor.

La transformación a libro digital de este título fue realizada por Nord Compo.

JOSÉ LUIS ZÁRATE

Los mimos no hablan

Algo estaba mal en ese tipo. Algo no funcionaba, o lo hacía de un modo errado. Era como ver a un ave nadar, o a un camión flotar, justo así, pero más secreto.

Oculto.

No sabían qué podía ser.

Su caminar furtivo, tal vez, la manera en que cargaba su portafolio (como si fuera el cadáver de un perro), el gesto en su cara llena de ángulos, deshidratada, sus ojos amarillos, sucios, increíblemente penetrantes.

"Ojos que matan", pensó el Tortas, antes de que un dolor muscular, súbito, subiera corriendo por su cuello como un animal, a la vez serpiente y cuerda tirando de su espalda, clavando garras como agujas.

—Parpadeé —le dijo al Monchis, mientras cenaban bajo las luces mercuriales de un estacionamiento.

El Monchis se interesó de inmediato. Miró fijamente a su amigo. El Tortas lucía verde bajo esa luz, y bajo cualquiera, porque estaba cubierto de pies a cabeza con pintura del color exacto para hacerlo parecer un soldado de plástico de

1.35 de altura. Acostumbraba quedarse quieto por horas en medio de las plazas y ciertas calles muy concurridas, tan inmóvil que lo tomaban por un maniquí o un anuncio gigante, y cuando hacía un movimiento, la gente se asustaba, aplaudía y dejaba algunas monedas en su casco verde. A veces bastante, por lo general poco, en ocasiones nada. El Tortas nunca miraba cuando ponían las monedas o alguien trataba de hacerlo moverse; incluso esa vez que un auto chocó frente a él y se deslizó desarmándose a su lado (estruendo y chatarra saltando por todas partes), se mantuvo quieto. Ese día se ganó unos buenos billetes y un espejo retrovisor que nadie reclamó. Que levantara la mano para sobarse el cuello, perdida su concentración de lo inmóvil, era inconcebible.

—Fue él —dijo el Tortas, con un tono herido, enojado por su debilidad—. No sé cómo, pero fue él.

Monchis también lo había visto. Un hombre gris, con la ropa arrugada, aunque no sucia, como si las prendas trataran de escapar de ese cuerpo, pero no supieran cómo, enredándose unas con otras.

—No es la primera vez —completó el Tortas, mirando la oscuridad.

Se estremecieron. No es el tipo de cosas que uno deba estar contando cuando la noche está tan a la mano.

Los penetrantes ojos amarillos.

Para quien trabaja en la calle, rodando en el piso para mostrar agilidad, entre autos que esperan a que la luz roja desaparezca para avanzar, tocando tierra, asfalto, hollín, los propios ojos, las infecciones oculares eran comunes. En las mañanas, los párpados se quedaban pegados con unas chinguiñas que eran más una excrecencia gomosa; las

lágrimas eran amarillas.

Y eso no era nada comparado con la enfermedad que podía verse en esos ojos.

El Chino, que se especializaba en romper botellas y arrojarse de espaldas sobre los vidrios afilados para luego mostrar su piel milagrosamente intacta, le dijo al Monchis que el tipo buscaba algo entre ellos.

—Me estuvo cazando —afirmó, mientras mordisqueaba esos malditos padrastros en sus dedos que no lo dejaban en paz—. Un día, en el parque; otro, en la intersección de Madero, esa que se tarda tanto… Ahí, paradote, mirándome con esos ojos amarillos. Ni una moneda echó, ni un aplauso. Nada. Sólo los ojos. Malos ojos. Como me cayó gordo, cambié de lugar. En cualquier parte que iba, estaba él, observándome. ¿Ves aquí, este hoyo? Ese día me lo hice. Nunca me había cortado, y esa vez ahí estaba, un vidrio bien clavado. Grité, lloré, el Tortas me echó toda su botella de agua para limpiar la herida. Y fue su culpa. De él y sus ojos amarillos. Ahora, cuando lo veo, corro.

El Monchis le preguntó a los gemelos (cuyo acto consistía en arrojarse uno al otro cuchillos, naranjas amarillas y un hacha que ninguno recordaba dónde la habían conseguido) si lo habían visto.

—El hombre de la tarde —dijo alguno de los dos, ellos hablaban como si fueran uno solo—, el que llega cuando estamos cansados, el que espera siempre a que fallemos y sonríe, como si eso le demostrara algo.

Se encogieron de hombros.

—Hay peores.

El policía, la mujer escandalizada, el amargado, el que pedía cuota.

Pero Martha (que podía llorar diez horas seguidas), siempre perdida, hambrienta, asustada en centros comerciales, la que lograba conseguir más dinero que todos ellos juntos, prefería huir de ese hombre.

—Si yo vendiera miedo en lugar de lástima, sería como él —dijo.

El Monchis trataba de recordar qué impresión le había causado. Alto, pero no mucho, flaco a medias, con un bigote que no acababa de cubrir el labio, manos como garras aferradas siempre a un portafolio negro, sucio, pero no de mugre.

Sucio, Noé, que acostumbraba respirar fuego y acababa la jornada lleno de hollín y olor a gasolina, pero a nadie desagradaba.

La de aquel hombre era una suciedad diferente, como la de los policías que los golpeaban; como la de los charcos de aguas negras que se pegaba todo el día a la ropa; como la de la ciudad que, a veces, los hacía respirar pesadamente. Una suciedad que hiere.

Todos se habían quejado de lo que sucedía cuando estaba cerca. Monchis se preguntó qué podía hacerle Ojos Amarillos en la oscuridad. Y entonces lo vio. Ahí, de pie en una esquina, estaba el hombre con el portafolio.

Monchis cerró los ojos. Nada dolía, pero quizá no era dolor lo que el hombre amarillo le provocaría, sino un error en su acto.

Buscó con la mirada a alguien y se puso detrás. Un joven con prisa, pasos largos y nerviosos. Los imitó añadiendo un centímetro más. Idéntico, pero cómico.

Alguien rio y él se sintió bien. Nada fallaba, todo estaba bien. Era inmune a esa mirada enferma.

Miró el reloj que no traía y lo acercó demasiado a la nariz. El joven frente a él no se daba cuenta de la parodia de su prisa y la gente lo encontraba más gracioso.

Él sabía que el imitado podía reírse también, pero, por lo general, no era así. El joven sintió las miradas, alguna risita. Se volvió a tiempo para ver al mimo caminar ridículamente, apartarse un mechón de cabello con torpeza, mirar el reloj.

No le cayó nada bien. Gritó algo y dio un par de pasos amenazantes. Casi siempre nacía el enojo al ver la imitación casi perfecta.

El Tortas, que era el más listo de todos, se lo explicó un día: a nadie le gusta que las imágenes se salgan de los espejos.

El Monchis se apartó con un par de saltos ágiles y se inclinó ostentosamente para agradecer al público toda la atención prestada, mientras señalaba una gorra que había en el piso. Sólo una persona colocó una moneda: el hombre de ojos amarillos.

Nunca se había acercado tanto a nadie. Se quedó ahí, junto a las ganancias del día.

—Tenemos que hablar —dijo el hombre con una voz rota, arenosa, débil.

Monchis negó con la cabeza. Los mimos no hablan. El hombre sacó un billete arrugado, viejo, desgastado, y lo dejó en el sombrero. Monchis se encogió de hombros y se sentó en el suelo, todo su rostro blanco abierto. Más atención, imposible.

—Imítame —dijo el hombre de ojos amarillos.

La cara del Monchis pareció caerse, los párpados pesaron sobre los ojos tristes y los ángulos del rostro se afilaron, los

hombros parecieron soportar el peso del mundo y hubo un temblor nervioso en todo el cuerpo. La respiración se convirtió en silbante y pareció que iba a derrumbarse en cualquier momento.

El hombre tardó un par de segundos en reconocerse, entonces se rio, sin gana alguna.

—Sí, así.

Sacó otro billete.

—Tres de estos diarios. Lo único que debes hacer es seguirme, imitarme, hacer todo lo que yo hago. Nada más. No creas que quiero algo más. Salgo de mi casa a las 10 a.m., tienes que esperarme afuera. Si quieres venir pintado, perfecto, no me importa. Si traes cualquier ropa es igual, pero es mejor si tienes algo negro. Cuando salga de mi casa empiezas. Quiero que todos tus movimientos sean lo más parecidos a los míos. No exageraciones, no caricaturas. ¿Puedes?

Monchis lo pensó seriamente.

—Sí, claro, sencillo.

—Esto sólo será en la calle. Cuando entre a un edificio, te quedas afuera; cuando suba a un automóvil, puedes irte a casa. Así pues, el trabajo será este: seguirme en la calle e imitar cada gesto. A las 6 p. m., se acaba el turno. Eres libre de irte a donde quieras con tu dinero. Ya no te necesitaré. ¿Entiendes? De diez a seis trabajarás sólo para mí, imitándome. Cuando coma, comerás; cuando beba, beberás. Fuera de eso, todo serán gestos.

El hombre trató de imitar los movimientos de mimo del Monchis, pero sus gestos no decían nada.

—Desde mañana.

Monchis señaló su gorra y alzó dos dedos.

Algo aleteó en la mirada del hombre de ojos amarillos, algo oscuro.

Sacó el dinero.

—De acuerdo, ninguno de los otros puede. Estuve calando al Tortas, al Chino, a los gemelos, a Martha. Los observé para saber si podía ofrecerles este mismo trabajo.

"Raro", pensó Monchis.

—Sólo tú pudiste. Nadie es tan fuerte. Mañana empiezas.

Todos le dijeron que no lo hiciera, sin ver siquiera los billetes. Martha incluso lloró y, por un horrible segundo, Monchis no supo si las lágrimas eran o no de verdad.

A las diez estaba listo, sacudiendo los brazos para aflojar los músculos, saltando un poco, como hacen los deportistas antes de un partido importante.

El hombre salió a la hora exacta y él hizo el gesto de cerrar la puerta, de checar dos veces la cerradura, de cargar el portafolio que insistía en caer, lleno de hojas que acomodaba distraídamente.

El hombre lo miró con ojos cargados de enfermedad y siguió su camino. Monchis, detrás de él, inclinó la espalda como si le doliera, masajeó el brazo que cargaba el portafolio, se detuvo para toser hasta casi desmayarse.

Era un trabajo agotador.

Un cuerpo retorcido, roto, un caminar nervioso.

"De rata", se dijo Monchis, "de insecto, de mosca volando presurosa sobre la basura".

El hombre no saludaba a nadie. Caminaba con prisa, volteando constantemente para ver al mimo, como si no creyera que seguía ahí o que hiciera bien su trabajo.

Por fin, convencido del arte del mimo, se dirigió a donde quería: la plancha del Zócalo. Se detuvo a la mitad de todo,

dejó caer el portafolio y alzó los brazos, inclinando la cabeza.

Monchis lo imitó y sintió sobre él la luz del sol. El hombre miraba la luz del mediodía como un prisionero, como si mil horas de piedra le hubieran quitado la memoria del cielo azul que al fin recuperaba.

Feliz, giró lentamente con los brazos abiertos; una flor reseca, amarilla y enferma por fin al sol.

Se quedaron ahí por horas.

El hombre cogió al fin su portafolio y miró al mimo. Era una mirada horrible, de burla, de asco, como vería cualquier niño al hormiguero que está incendiando.

❖

Al morir el día, el Tortas miró al Monchis alejarse. Perfecto. No querían que su amigo viera lo que planeaban hacer.

La niña tropezó con el hombre a mitad de la calle, las cosas cayeron. Ojos Amarillos reconoció de inmediato a Martha. La aferró para que no huyera, pero Martha empezó a llorar como si la estuvieran masacrando. La gente se reunió de inmediato. El hombre no deseaba más atención y la soltó. Recogió sus cosas para marcharse rápido de ahí. No vio que los gemelos fueron quienes levantaron su portafolio del suelo y se lo entregaron. Sólo se fue, mascullando.

El Tortas miró con miedo una de las hojas del portafolio que el hombre había descuidado por un segundo, mientras el Chino se la entregaba. Los gemelos la leyeron trabajosamente. Martha les arrebató el papel y les dijo que ni siquiera estaba escrito en español. También dijo que esas manchas cafés en los bordes eran sangre seca.

—Todas las hojas del portafolio estaban manchadas —dijo el Chino.

—¿Y por qué nomás agarraron una? —reclamó la niña.

—Había algo en el portafolio, algo vivo —el Chino les enseñó su guante roto—, algo con dientes.

❖

El hombre de ojos amarillos siguió su rutina. Despertar, cuidarse de las ventanas abiertas, salir a las diez para que lo siguiera el mimo, disfrutar del sol, del aire de libertad, cargar el *De Vermis Mysteriis* descuadernado, empapado aún con la sangre del último sacrificio, pues no debía ser encuadernado de nuevo hasta que bebiera toda esa sangre. Hablar con La Congregación, que seguía escondida bajo las sombras de edificios de cristales polarizados; encadenada a horarios que sólo le permitían salir cuando no hubiera sol; preparándose, por si el experimento actual daba resultado.

Algunos le dijeron que jugaba con fuego, ¿pero no era justo eso lo que ellos hacían siempre? Abrazaban el fuego oculto, el fuego de mundos derrumbados, de infiernos secretos; el fuego al que aún le falta consumir muchos mundos.

¿No es lo que había hecho durante trescientos años?

Le había costado el alma, que no deseaba; la sangre que derramó sobre los conjuros; su familia, que fue el primer sacrificio a lo Oscuro. Peor aún, le costó su sombra.

Sin ella, empezó a desaparecer; la carne eterna comenzó a corromperse; la realidad se fue torciendo y los muros se llenaron de grietas por donde podían salir cosas que deseaban devorarlo.

La sombra es un escudo contra la disolución.

Todo la tiene. Todo lo vivo y real, todo lo concreto, todo lo que no está maldito tiene una sombra, y él había

conseguido una nueva, una viva, una real.

¿Acaso no es nuestra sombra la que certifica que estamos aquí cuando sigue nuestros pasos, cuando nos imita?

Como Monchis, ese niño que iba a ser devorado de a poco, que iba a desaparecer a trozos, consumido por lo Oscuro. Iría amarillándose como él, enfermándose, pudriéndose más allá de la salvación.

Se preguntó cuánto tardaría… ¿días, semanas, horas?

Y cuando muriera, cuando fuera consumido… Otro.

"Niños hay miles; niños en la calle, cientos". Así lo decía el *De Vermis Mysteriis,* el libro-ser al que alimentaría con todos los niños que necesitara. Esa bestia impresa le daría todo lo que quisiera: poder, conocimientos oscuros, el camino para destruir a quien se le opusiera… Todo. Sólo debía alimentarla con cuidado y, sobre todo, no debía perder ni una sola hoja. Todo se derrumbaría si el libro se disgregaba.

Sonrió, sin saber que eso ya había ocurrido, que el libro lo acechaba, que La Congregación ya había sido destruida, que su destino estaba sellado.

El hombre amarillo dejó atrás al Monchis y abrió la puerta de su casa, que ya no era una puerta, sino una boca hambrienta llena de colmillos.

KAREN CHACEK

Ocho sombras

La mayoría de los que hablan con seres de otras dimensiones ven figuras humanas, yo veo roedores. La primera vez que lo comenté en una reunión del grupo, todos en el círculo se rieron, pensaron que era broma. Lucía, la de las ojeras de mapache, me miró con expresión de "si no te vas a tomar la reunión en serio, mejor salte". Yo, encantada, me hubiera ido. ¿Quién quiere formar parte del grupo de los problemáticos de la escuela? En casa todavía no saben nada. Les dije que las tardes de los martes y los jueves me quedaría en la biblioteca de la escuela para leer esos libros estrafalarios, como ellos les llaman, que nunca quieren comprarme. A mis padres les parece un desembolso ridículo gastar dinero en libros. "Búscate algo que leer en la computadora, si no, ¿para qué te la compramos?", me dicen.

Los roedores caminan por las construcciones, conocen cada pasadizo, rincón y falla en las estructuras de los edificios; cada conducto de calefacción, tubería y canal de desagüe. Lo escuchan todo. Cuando murió el abuelo de

Lucía, yo lo supe una noche antes. Los roedores lo oyeron toser hasta ahogarse, o eso dijeron. Al día siguiente, en la escuela, cuando los del grupo comentaron la noticia, sentí escalofríos. Al inicio, yo no quería creer que ellos, los roedores, en verdad existieran. Pensaba que mi cabeza me estaba jugando una mala pasada, que todo era cosa de mis nervios.

No entiendo por qué mis papás se empeñan en mantenerme inscrita en esa escuela. Es incómodo ir con papá a las oficinas del departamento de finanzas y escucharlo suplicar por una prórroga para el pago de la colegiatura, mientras yo, con las mejillas enrojecidas, ruego por que ningún conocido pase por el corredor, se asome a la ventana y me vea fingiendo que el señor de saco azul y corbata a rayas no es mi padre.

Aquello no sucede todos los meses. Hay temporadas en las que el asunto reposa bajo el sofá de la sala y los fines de semana como con mis papás en restaurantes caros, visitamos tiendas departamentales y nuestra vida parece sacada de la sección de sociales del periódico; pero luego regresa la mala racha, mis papás se gritan cosas en la noche, a la mañana siguiente, se abre un nuevo agujero en el sofá de la sala y, en la escuela, me veo sentada en la silla helada del departamento de finanzas, mientras la señora cara de liebre le muestra sus dientes frontales a mi papá. Hace unos días, en el pasillo de la escuela, los roedores me contaron que de no ser porque apruebo con ocho todas mis materias, ya me hubieran expulsado del colegio.

Últimamente he tenido una obsesión con el número ocho. Muchas veces respondo mal a las preguntas de un examen para que mi calificación sea ocho. Varios profesores

ya se dieron cuenta, por eso la coordinadora me remitió al grupo de los problemáticos que se junta en la biblioteca. Dice que lo mío es cosa de mala actitud, que saboteo mi futuro. Ni la coordinadora, ni los profesores, ni la señora cara de liebre… ¡nadie en esa escuela entiende nada!

Mis compañeros de aula se quejan todo el tiempo de que los miro feo. Ni siquiera los estoy viendo a ellos; veo a los roedores que caminan sobre las paredes del salón durante su recorrido matutino. Son siempre ocho sombras. Con algunos de la clase platico en las mañanas. Unos incluso me invitan a sus fiestas de cumpleaños, esperando que no acuda, claro. La mayoría murmura a mis espaldas que soy rara, me lo han dicho los roedores cuando voy al baño. Y lo soy, no voy a negarlo. Es mi única defensa contra la hostilidad de este micro mundo al que mis padres se empeñan en que yo pertenezca.

He pasado por tres escuelas distintas en los últimos ocho años. A papá le gusta mudarse muy cerca de su nueva oficina cada vez que cambia de trabajo. Odia manejar. Cuando recién llegué a esta escuela, hice lo posible por adaptarme al entorno y pasar desapercibida. Aprendí rápido la manera en que hablan en los pasillos, para no llamar demasiado la atención, pero de poco me sirvió tanto esfuerzo: era imposible mimetizarme con mis compañeras de generación. Los altibajos de la economía familiar me impedían comprar ropa nueva cada mes o pasarme la clase de Biología descargando aplicaciones para el teléfono. Al final, tuve que aparentar ser una reacia a las modas colectivas e inventarme mi propia moda y un falso desdén por los teléfonos móviles y las redes sociales. Terminé llamando la atención el triple.

No todo en mi disfraz de anarquista es mentira: hay días en que de verdad desprecio los teléfonos celulares. Chatear es divertido, pero me desespera. Alucino ver a las personas congeladas en una fotografía, es como si todos fuéramos vegetales y la vida solamente transcurriera en una pequeña pantalla. Prefiero, por mucho, escuchar lo que me cuentan los roedores. Hay tardes en las que me paso horas echada en el sillón de la sala; no estoy dormitando, como creen mis papás, sino cavilando: atando cabos con lo que me cuentan las sombras y construyendo en mi cabeza la película completa.

Gracias a los roedores hoy entiendo un montón de cosas. Ya ni siquiera me sulfuro con Rubén, el que se sienta en la segunda fila, que es un lucido y siempre quiere estar en todo. Los roedores me contaron que su papá se fue de su casa cuando él tenía dos años, que el apellido que usa es el de su mamá y que ella trabaja todo el día. Até cabos y ahora me parece evidente por qué le gusta memorizar cosas y siempre tener la mejor respuesta cuando alguien hace una pregunta, aunque no le estén preguntando a él: necesita ser visto y que, con algo de suerte, alguien le vaya a contar a su papá de lo mucho que se perdió al dejarlo de ver.

Los papás son un mal necesario. Los necesitas para que te vean. Es como aquel acertijo: “Si un árbol cae en medio del bosque, pero no hay nadie cerca que lo escuche, ¿hace ruido al caer?”. ¿Puede existir un sonido si nadie lo oye? ¿Puede existir una persona si nadie la ve? Mis papás tienen sus cosas, como todos, pero cada tanto notan mi presencia, aunque sólo sea para sermonearme. Eso sí, que ni me contabilicen las horas que paso en el sillón; no pueden reprocharme nada, jamás he reprobado una materia de la

escuela. Es más, suelo ser la primera en terminar los exámenes. Claro que ese súper poder ni siquiera los impresiona, se contentan con que yo no los meta en problemas y punto.

Papá se la vive en el teléfono, lo que le cuento le entra por un oído y le sale por el otro. Mamá se la pasa entre el supermercado, la cocina y el cuarto de la tele. Cuando le platico sobre las preguntas que me asaltan en la mitad de la noche y me mantienen despierta, por ejemplo, ¿cómo puede ser que el universo se esté expandiendo infinitamente?, me responde que deje de complicarme la existencia, que haga lo que hacen las otras chicas. "¿Y qué es lo que hacen las otras chicas?", le pregunto. "No seas tan difícil", me contesta.

¿Difícil? Yo ni siquiera busco llamar la atención, es más, no sé ni qué busco. Pero si se trata de amigos, supongo que con los roedores me basta. Sé dónde encontrarlos y responden a mi llamado cuando los necesito. Les gusta, como a mí, pasear por las calles y las escaleras interiores de los edificios. El otro día que llovía a cántaros subieron conmigo hasta el octavo piso. ¿Sabías que no hay dos puertas iguales en todo mi edificio? Ha de ser algo común en la mayoría de los edificios antiguos. El departamento en el que vivo le pertenecía a mi abuela paterna. El señor Moro, el que vive en el octavo piso, todavía se acuerda de ella y de sus tortas fritas de papa. "Eran legendarias entre los vecinos", me recita siempre, "cada vez que alguien del edificio iba a tener una fiesta, le encargaba una canasta". El señor Moro es todo un personaje, camina de ida y vuelta por el pasillo del octavo piso varias veces al día. Los roedores dicen que siempre lo hace antes de ir al baño.

Estoy convencida, yo soy la única cuerda en mi edificio, en mi familia… ¡y en el grupo de las tardes!, al que ya se integró Rubén, por cierto. Te digo que necesita estar en todo. Me da por pensar que las personas no pueden vivir sin problemas, que cuando no los tienen, se los inventan. Lucía, la que parece mapache, asegura que desde hace meses habla con sombras humanas. Concretamente, con su abuelo y sus amigos que han muerto. Digo, en el mundo de hoy no resulta raro ver a una persona hablando sola, te aproximas un poco y descubres que tiene puestos los audífonos del teléfono, pero Lucía nunca lleva nada en las orejas y, cuando habla sola, usa expresiones del siglo pasado… "de la época del caldo" es una de sus favoritas. Dice que su abuelo y sus amigos muertos le piden que haga cosas por ellos. Uno le solicitó hace dos semanas que le recordara a su esposa comprar un billete de lotería con terminación 143. ¡Como de película! Yo insistí en que nos dijera el nombre del señor. Quería llegar a casa a *googlearlo* y confirmar si algo de todo eso que nos contaba era verdad, pero Lucía cerró la boca y me lanzó una de sus miradas de dardo. Ahí acabó todo.

La sesión pasada les tocó a los primos Estévez tratar de convencernos de su cordura, y eso sí que está en húngaro. Lo digo en serio: ambos afirman ser húngaros, aunque nacieron en la ciudad y nunca han visitado Hungría. Sólo se han soñado muchas veces viviendo ahí, incluso dicen llamarse Lazlo y Peter. Nadie en su familia los toma en serio, imagínate si lo vamos a hacer nosotros, los del grupo. Pero, la verdad, te lo cuentan con tanta seriedad que siempre hay un momento en el que dan ganas de creerles. ¿Cómo pueden dos personas soñar con una misma casa de

madera en las montañas, muebles incluidos? Ana, la silenciosa del grupo, les sugirió el otro día que hicieran un dibujo de la casa. Lo hicieron y ahora se proponen contactar por Internet a varias agencias inmobiliarias en Hungría, para que localicen una propiedad idéntica a la del dibujo.

Ana es un enigma. Nunca la había visto en la escuela hasta que llegué al grupo de las tardes. Es increíblemente inteligente, resuelve los acertijos en segundos. No viste otra cosa más que pantalones y suéteres tejidos color negro. Es como una sombra. Nunca te abraza, pero hay algo en ella que al final te cae bien. Cada vez que les pido a los roedores que me platiquen algo sobre ella, se ríen y no sueltan una palabra.

A Flavio lo mandaron al grupo la semana pasada, sólo porque en la clase de Español no sintió empacho alguno al confesar que preferiría salvarle la vida a un conejo antes que a una persona. Según él, las personas merecemos ser la siguiente especie que se extinga, pues nada bueno hacemos por el planeta. Aunque es un radical, algunas de las cosas que dice suenan a verdad.

Hoy que tocaba mi turno de hablar, no tenía muchas ganas de ir a la reunión. Es frustrante sentir que nadie te cree, pero tenía que hacer un anuncio importante a los del grupo: los roedores vaticinaron que pronto temblará en la ciudad y que la biblioteca de la escuela no será el lugar más seguro para estar en ese momento, porque muchos de los estantes no están fijos a la pared ni al suelo y se vendrán abajo con todo y libros.

Para que mis compañeros me tomaran en serio, les conté que los roedores me avisaron sobre la inundación del

departamento uno del primer piso. La inquilina es una viejita terca de casi ochenta años. No me hizo caso cuando fui a prevenirla aquella noche, justo antes de que la catástrofe sucediera. En la puerta de su casa, me llamó "niña malvada", por ir a asustarla de esa forma, y me culpó de antemano por el insomnio que la haría padecer esa noche. Después, dijo que no me daría el gusto de verla sin pegar un ojo hasta el amanecer, que esa noche se tomaría completa su pastilla para dormir.

Me enojó que fuera tan agresiva conmigo, como si no supiéramos todos en el edificio que la anciana casi nunca duerme en las noches. Vive con las ventanas abiertas, porque fuma un montón, y seguido prende la tele a las dos de la mañana. Es lo malo de vivir en un edificio; los vecinos entran a tu casa sin invitación y se marchan cuando se les da la gana.

Los roedores me advirtieron de la inundación con lujo de detalles: "La señora del departamento uno dejará abierta la llave del fregadero", y dicho y hecho. Cuando escuché la sirena de los bomberos, salí a asomarme al cubo del edificio y vi que el agua escapaba por debajo de la puerta del primer piso. Me dio pena por la ruca. ¿Y si fui yo quien provocó esa pequeña catástrofe? ¿Qué tal que, por haberle avisado lo que me advirtieron los roedores, ella se tomó completa la pastilla para dormir y por eso dejó abierta la llave del fregadero? En ocasiones me pregunto si las cosas están escritas de antemano o si somos nosotros quienes decidimos el futuro.

Los del grupo se quedaron boquiabiertos con la historia de la inundación. Creo que por primera vez en lo que llevo viniendo a las reuniones de la tarde, todos me creyeron lo

que les dije. Me preguntaron la fecha exacta del temblor. Consulté a los roedores y respondieron que me alertarían unas horas antes. “Ahora dependemos de ti para no morir aplastados”, dijo Flavio, escandalizado. “¿Eres de fiar?”, me preguntó. “¡Por supuesto que sí!”, le respondí. Después de eso, se hizo un silencio pesado. Nos quedamos mirándonos los unos a los otros, hasta que Rubén saltó de la silla y gritó “¡está temblando!”. Nos paramos todos a detener los estantes. Rubén empezó a reírse. No nos quedó de otra más que carcajearnos con él, pero algo pasó en ese momento, no puedo explicarlo bien todavía, pero imagínate que hasta Lucía nos confesó el nombre del señor que le pidió avisar a su esposa lo del boleto de la lotería con terminación 143.

Al volver de la escuela, fui directo a la computadora a *googlear* el nombre que nos reveló Lucía. Había media docena de referencias, pero por el rango de edad, el que más se acercaba era un ingeniero civil, mencionado en el contrato de construcción de un puente. Lucía había dicho que la viuda del señor seguía viva y era la propietaria de una nevería en las cercanías del metro Chilpancingo, que fue ahí donde le entregó el mensaje. No aguanté la curiosidad, comí veloz, bajé corriendo las escaleras del edificio y salí a la calle sin avisar a dónde iba. Me subí al primer metrobús que llegó a la estación, bajé en el metro Chilpancingo y fui a buscar la nevería. En la Avenida de los Insurgentes me topé con los primos Estévez. Ellos acababan de ver a Flavio caminar por la vereda de enfrente. Enseguida, los tres vimos a Ana caminar hacia nosotros y a Rubén cruzar la avenida en dirección nuestra. Era como una reunión improvisada del grupo de las tardes.

Preguntamos en los locales cercanos hasta dar con la dichosa nevería. Lucía estaba ahí, se acababa de comprar una paleta de chamoy. Todos estábamos ahí por la misma razón: queríamos saber qué había pasado con el boleto de lotería con terminación 143, pero la viuda, la dueña del local, no estaba, había ido a hacer unos mandados. Todos, menos Ana, compramos paletas heladas en lo que esperábamos a que la señora regresara.

Los primos Estévez aprovecharon para ir al cibercafé de al lado a revisar su correo, esperando hallar la respuesta de alguna de las agencias inmobiliarias de Hungría a las que enviaron el dibujo de la casa con la que sueñan, pero no encontraron nada de nada en sus bandejas de entrada.

La señora de la nevería no regresó al local esa tarde. La

empleada se encargó de bajar la cortina metálica. Volví a casa con una sensación extraña. Al principio, estaba de muy buen humor; después, me angustié porque no había visto a uno solo de los roedores que solían pasar por las paredes de mi casa. Me dio mucho miedo pensar que se hubieran enojado conmigo porque me pasé la tarde con los del grupo y no con ellos. ¿Y si ya no volvían a hablarme nunca?

En la noche, no podía dormir. Cerca de las dos de la mañana oí que la vecina del primer piso estaba viendo la tele. Me sentía tan ansiosa que no me importó la hora, caminé de puntillas hasta el cubo del edificio, para que mis papás no me oyeran, y bajé rápido las escaleras. Al principio, no me atreví a tocar la puerta. Miré a todos lados, esperando ver a los roedores de siempre, y nada. Es horrible sentir que alguien te abandona. La primera vez que cambié de escuela, mis viejos amigos dejaron de buscarme; al marcharme de la segunda, fue lo mismo, pero me dolió menos, porque me encontré con los roedores. En la escuela de ahora, ni me he preocupado por hacer amigos.

Cuando la vecina me vio en la puerta de su casa, creí que me gritaría de cosas, pero se quedó callada, esperando escuchar lo que tenía que decirle. “¿Qué está viendo en la tele?”, fue lo que se me ocurrió en ese momento. “Una serie policiaca, y por tu culpa me estoy perdiendo el principio, que es lo más importante”, dijo en su camino de regreso al sillón de la tele. Dejó la puerta abierta, como una invitación para que la siguiera hasta ahí.

Era un capítulo repetido, yo ya lo había visto, pero no le conté nada, para no estropearle la sorpresa del final. Me estaba quedando dormida en el sillón cuando la vi agacharse y hablar con alguien en el piso. Era un roedor.

Me incorporé de golpe y la sombra salió corriendo.

—¿Usted también los ve? —le pregunté a la mujer.

—Hace años que hablo con ellos —me contestó.

—Pero… ¿no le avisaron de la inundación?

—Lo de la inundación fue idea mía. Lo hice a propósito, para ver si con eso mi hijo venía a visitarme. Tú no deberías hablar con roedores, eres todavía muy joven. Haz amigos de carne y hueso. Los roedores son buena compañía cuando ya no tienes a nadie con quien hablar.

—Pero ellos me cuentan cosas. Quedaron en avisarme qué día va a temblar. Los del grupo de las tardes confían en mí —le dije angustiada.

—Olvídalo, no va a temblar como en seis meses. No te preocupes —me contestó, mientras prendía un cigarro. Después, me mandó de regreso a casa. Me urgía que llegara la siguiente reunión del grupo para contarles lo que había pasado. Apenas era viernes. Sería un fin de semana muy largo.

Por suerte, no tuve que esperar tantos días. Los primos Estévez convocaron a una reunión de emergencia el sábado, en el parque Tres Orquídeas pues una de las agencias inmobiliarias de Hungría les había respondido el correo. Sí existía una casa parecida a la de sus sueños. Estábamos todos embobados. A sus papás, en cambio, no les había causado mucha gracia la noticia, de tal suerte que tendrían que ingeniárselas para viajar a Hungría por su cuenta. Era un secreto, claro.

El domingo, los que seguían sin aparecer eran los roedores. Me pasé el día enojadísima. No quería leer, ni ver la tele, ni escuchar música; mucho menos ir a la escuela, por lo menos toda la semana siguiente, con todo y que el

martes iríamos a la nevería de nuevo, a buscar a la señora del boleto de lotería. No quería saber de nada. Detesto encariñarme con alguien y que después ese alguien desaparezca. Me sentía tan mal, que le fui a tocar la puerta a la vecina del primer piso. Le dije que tenía que hablar con los roedores.

—No han venido en todo el día —me dijo—, pero hoy empieza un programa nuevo. Prendió la tele y sirvió galletas y té de canela. Nunca creí que diría esto, pero hay algo en esa señora que me cae bien.

El lunes no hubo clases por ser día festivo. El martes llegamos todos puntuales a la reunión en la biblioteca. Flavio nos compartió su idea de campaña para que las personas dejen de matar zorros para confeccionar abrigos. La que nunca llegó a la reunión fue Ana. Lucía le preguntó a la coordinadora si sabía algo de ella y la muy despistada le contestó que en nuestra generación no había ninguna Ana. ¿Lo puedes creer? El problema es que nadie tenía su teléfono, ni su dirección de correo electrónico. Nos fuimos a la nevería, esperando encontrarla ahí, pero tampoco llegó. La que sí apareció fue la viuda del boleto de lotería. Brillaba de contenta. ¿A que no adivinas quién le pagará a los primos Estévez los boletos de avión a Hungría?

Ahora, repetimos los sábados las reuniones de las tardes. Entre semana, a veces acompaño a Lucía a entregar mensajes. Casi todas las personas que visitamos nos llaman “niñas locas”. Los del grupo se mueren de risa cada vez que lo platicamos. Se siente bien contar con un nuevo grupo de amigos. No sé qué pasará cuando me vuelvan a cambiar de escuela; mientras tanto, estoy aquí. A la vecina del primer piso la visito cada vez que mis papás me mandan a su casa,

a pedirle que le baje el volumen a la televisión, lo cual sucede bastante seguido. La última vez que hablamos me contó que vio a los ocho roedores… acompañados de una joven.

—Si la ve de nuevo, por favor pregúntele si su nombre es Ana.

RAQUEL CASTRO

¿A qué le tienes miedo?

Comenzaba a oscurecer. Diana caminaba por un callejón empedrado del centro de Coyoacán. Le desesperaba no poder ver con nitidez a más de dos metros de distancia, como suponía que veía sin anteojos la gente que los necesita, aunque intuía que, en su caso, se debía a la iluminación escasa de esa hora de la tarde: cuando ya no hay luz de día, pero todavía no es de noche y no sirve de nada que las farolas de la calle estén prendidas.

De pronto, escuchó pasos atrás de ella y tuvo que reprimir un escalofrío cuando giró la cabeza y no distinguió a nadie cerca: hasta donde alcanzaba a ver, la calle estaba vacía. Apretó el paso, tratando de avanzar tan veloz como pudiera sin soltarse a correr.

"¿A qué le tienes miedo?", se preguntó. Nunca le había asustado la oscuridad y estaba acostumbrada a estar sola, así que eso no podía ser lo que la inquietaba.

Enfrente de ella, el callejón se curvaba bruscamente y se hundía en una oscuridad densa. Poco antes de que desapareciera entre las sombras, la banqueta se veía tan

estrecha que no cabrían dos personas juntas. Diana se detuvo, sintiendo una súbita aversión al camino que debía seguir. Pensó en regresar sobre sus pasos, pero al volverse descubrió que la calle también se había vuelto angosta a sus espaldas y se torcía bruscamente, aunque Diana no recordaba haber pasado por esa curva del camino. Su corazón latía tan deprisa, que parecía retumbar dentro de su cabeza.

"¿A qué le tienes miedo?", se preguntó de nuevo, pero esta vez no reconoció su propia voz en la pregunta. Una vez la trataron de asaltar en un autobús, pero al ver su celular viejo, el ratero le sonrió con desprecio y le dijo que estaba más jodida que él. En cualquier caso, para Diana, los asaltos eran como un temblor o una tormenta: fuerzas de la naturaleza imposibles de controlar. No era el miedo a que un asaltante saliera de aquella curva, no.

En ese momento, delante de ella, donde el callejón se perdía en la oscuridad, una silueta todavía más negra se desprendió de las sombras, cerrándole el paso. Era del tamaño de una persona adulta, pero su forma era vaga, difusa. Apenas se podían distinguir sus bordes, que parecían temblorosos y cambiantes.

Diana se detuvo. Tenía la boca seca y las palmas de las manos húmedas. De algún lugar, muy lejos, provenía un sonido rítmico y agudo que irrumpía en el callejón cada pocos segundos, haciéndola sentir más inquieta todavía.

Ahora, la silueta tenía forma humana. Seguía siendo vaga y sus orillas seguían difuminándose con lo que la rodeaba, pero ahora Diana podía distinguir el contorno de la cabeza, el cuello, los hombros y los brazos. Hacia abajo, la sombra se volvía jirones de humo. De donde tendrían que

estar los ojos, brotaron dos haces de luz azulada, fría, maligna.

El sonido agudo y rítmico parecía estar más cerca, aunque nada más que la sombra había cambiado a su alrededor.

"¿A qué le tienes miedo?", le preguntó una voz que definitivamente no era la de ella, pero que estaba dentro de su cabeza.

Diana despertó sobresaltada.

"¿A qué le tengo miedo?", pensó con su propia voz, y luego: "¿Dónde estoy?".

La oscuridad no era total, pero no reconocía el *reposet* en el que estaba acostada, ni el buró, ni el sonido monótono y constante que la acompañaba, el mismo que escuchó en el sueño. Tenía, como en la pesadilla de la que acababa de escapar, las palmas de las manos húmedas y la boca seca. Se obligó a respirar profundo y miró despacio a su alrededor.

Sintió ganas de llorar al entender que el sonido lo producía el monitor cardiaco al que estaba conectada Coral, su mejor amiga. Diana se sintió culpable de haberse quedado dormida: había prometido que cuidaría de Coral mientras estuviera inconsciente y, obviamente, había fallado en su cometido. Vio la hora en su celular, apenas eran las once de la noche.

Para recuperar la calma y el orden en sus pensamientos, se puso a hacer una lista de cosas a las que no les tenía miedo: a los asaltos, a las tormentas, a los temblores, a los tiburones… "Claro, como nunca he ido al mar", pensó, y siguió con su lista: no le tenía miedo a las cucarachas, a las

arañas, a los perros grandes…

Bostezó. Hacer esa lista la estaba arrullando, necesitaba distraerse. Diana tocó el botón para llamar a la enfermera, quien llegó, solícita, de inmediato.

—Señorita, ¿le hará daño a mi amiga si prendo la tele? —se sintió estúpida al hacer esa pregunta, pero pensó que era mejor hacer una pregunta tonta que causar problemas por no preguntar.

La enfermera, una mujer de unos cuarenta años, le sonrió con dulzura.

—No, no creo que se dé cuenta. ¿No quieres bajar a cenar algo? La cafetería está abierta las veinticuatro horas.

Diana negó con la cabeza. Claro que tenía hambre, pero le parecía monstruosa la idea de ir a comer algo mientras su amiga estaba inconsciente, conectada a un respirador y un monitor cardiaco con quién sabe cuántas fracturas, golpes y raspones.

—¿Segura? —insistió la enfermera.

—Este hospital parece hotel —contestó Diana, un poco para cambiar de tema y un poco para no dejar morir la conversación. No quería volver a quedarse sola, al menos no tan rápido.

La enfermera asintió, cómplice.

—Cuando mi papá tuvo un infarto, estuvo internado en el Seguro —dijo Diana—. Tenía que compartir el cuarto con otros cinco señores y junto a su cama sólo había una silla de plástico bien incómoda, y eso que a mí nomás me tocaba estar un ratito a la hora de visita. Yo me quería quedar a cuidarlo, pero no me dejaron porque era menor de edad.

—¿Eras? ¿Pues cuántos años tienes ahorita? —le preguntó la enfermera, levantando una ceja, como si no le

creyera que ya tuviera más de dieciocho.

—Diecinueve —mintió Diana desde sus diecisiete recién cumplidos.

La enfermera sonrió levemente y cambió de tema.

—¿Y su familia? —preguntó, señalando con la mirada a Coral.

Diana se encogió de hombros.

—Están como peleados… o algo así —respondió, y se arrepintió de inmediato—, pero sí van a pagar, ¿eh?

—No te preocupes, dejaron la cuenta abierta.

Sonaba como lo que se hace en un bar, pero la enfermera le explicó a Diana que si los papás de Coral no hubieran dejado un *voucher* abierto no la habrían comenzado a atender.

—Así que si quieres pedir algo de la cafetería, ellos lo pagarán —concluyó la enfermera, guiñándole un ojo.

Las dos rieron como si fueran amigas de toda la vida, pero luego la enfermera se puso seria.

—Pide algo, en serio. Si fueras mi hija, te obligaría a comer siquiera un sándwich.

—¿Y me dejarías traer el pelo así, verde, si fuera tu hija?

—Tengo una chiquita de tu edad y lo trae morado.

—Te prometo que ahorita pido algo —le respondió Diana, sintiendo unas ganas locas de que ella fuera su mamá.

La enfermera salió del cuarto con una sonrisa triste y cerró la puerta tras de sí.

—Creo que nos tiene lástima, Cor —le dijo Diana a Coral y le tomó la mano con delicadeza—, pero vas a ver, cuando te pongas bien, la vamos a invitar a tomar unas chelas o algo, y le vamos a demostrar que somos puro *págüer*.

A los pocos minutos, Diana volvió a sentir pesados los párpados. Le dio angustia dejar sola a Coral de nuevo, así que prendió la tele. Le dio la vuelta a todos los canales: sólo se veían cinco o seis y la mayoría con interferencia. Diana se preguntó si, como en un hotel, podía llamar a la recepción para pedir que arreglaran el cable, pero le dio pena. Se sentía como una intrusa. Ese cuarto de hospital estaba bien para los padres de Coral, pero no para ellas. Se acordó de la actitud de la madre de su amiga cuando le habló por teléfono: "Señora, su hija tuvo un accidente. Está en urgencias, pero no la quieren subir a piso y no sé a dónde llevarla". La mamá de Coral se quedó callada un rato y luego le dijo: "En qué hospital". Así, no como una pregunta, sino casi como una orden. Diana se lo dijo y la señora colgó el teléfono. Media hora después llegó el abogado, se encargó de todo y en unos minutos Coral ya estaba en esa suite como de hotel cinco estrellas. "Señorita, cualquier cosa que haga falta llámeme a mí. Por favor, no vuelva a molestar a la señora Mendizábal", le había dicho el abogado con una voz como de plástico, correcta, pero tan fría e inhumana que le había provocado miedo.

—No somos pordioseras, Cor, no estamos pidiéndoles limosna —le dijo Diana a Coral para no recordar la voz del abogado… o la otra voz, la que en sus sueños le preguntaba: "¿A qué le tienes miedo?".

Dos días antes, todo era diferente. Diana esperaba a Coral en una estación del metro. Irían al Chopo a vender unas Dr. Martens y unos cedés de Coral. Hacía un par de meses que ella había tenido un pleito peor que todos los anteriores con su papá y se había ido a vivir a un cuarto de azotea cerca

de la prepa. Nunca hablaban de la parte de la lana, pero Diana estaba segura de que la mamá de Coral le ayudaba con los gastos, porque su amiga no tenía un trabajo fijo y con lo que sacaban de vender paletas afuera del metro y de malbaratar sus cositas más chidas en el Chopo no alcanzaba más que para las chelas del fin de semana… y a veces ni para eso.

Diana tampoco se llevaba bien con sus padres, pero no era tan grave como para que la corrieran: sí, odiaban sus pelos verdes y sus pantalones llenos de estoperoles, pero mientras siguiera yendo a la escuela, por ellos podía ser punk o monja, daba igual. Estaban demasiado ocupados con sus otros cuatro hijos, todos menores que ella, y con el dinero que nunca alcanzaba, y menos desde el infarto de su papá. Así que, desde que Coral se había ido al *rincón cerca del cielo*, que es como bautizaron su cuarto de azotea, se quedaban de ver temprano y se pasaban todo el día vagando juntas: entre semana, en la escuela y en alguna estación del Metro, para vender dulces de a peso; los sábados, en el Chopo; los domingos, en La Lagunilla.

Aquel sábado, volvió a recordar Diana, habían quedado de verse, como siempre, afuera del metro, pero a Coral se le hizo tarde. Ella estaba ahí, sentada en la banqueta, cerca de las taquillas, esperando a su amiga, cuando se le acercó un fulano trajeado, de unos 45 años. Olía muchísimo a alcohol y traía la ropa toda arrugada, así que Diana supuso que andaba de farra desde el día anterior.

—¿Quién se murió en el cielo que los angelitos están de luto? —le preguntó el trajeado.

Coral le habría pintado huevos luego luego, pero a Diana no le gustaba meterse en líos, así que nada más ignoró al

tipo, con la esperanza de que se aburriera y la dejara en paz. Lo malo fue que el fulano no sólo no se aburrió, sino que, además, se enojó.

—Te estoy hablando, mugrosa —le dijo, con un tono completamente distinto—. ¿Qué no te enseñaron que cuando te habla un adulto le debes contestar?

Diana se arrepintió de no haberle pintado huevos. Pensó en moverse de la estación del metro y dar la vuelta en lo que el borracho se iba, pero tardó mucho en decidirse y, cuando se paró, él la agarró de la muñeca.

—No te he dado permiso de irte. ¿O te di permiso de irte? No, ¿verdad? Voy a tener que disciplinarte.

Casi le dio risa, de tan ridículo y *loser*, pero fue más grande su miedo: nunca había sido buena para enfrentar ese tipo de situaciones y no sabía qué hacer.

En eso llegó Coral, casi corriendo, encabronadísima.

—¡Ponte con alguien que se pueda defender, hijo de tu chingada madre! —le gritó al güey mientras lo empujaba.

En ese instante, Diana vio algo horrible, o lo imaginó, quién sabe, pero alrededor del fulano se estaba formando una especie de sombra muy sutil, apenas más oscura que el aire. "Es el miedo", pensó Diana, pero desechó la idea por absurda.

—¡No te metas! —le gritó a Coral el oficinista, con cara de susto, probablemente intimidado por las botas altas y el pantalón de vinil pegado y lleno de agujeros, o por los tatuajes y las perfos, o por el cabello azul peinado en un mohicano de casi veinte centímetros de alto.

—¡No te metas tú, cabrón! —contestó Coral con el mismo tono y lo empujó.

Un par de muchachas que salieron del metro miraban la

escena y soltaron una risita, lo que terminó de enfurecer al borracho quien, nervioso, empujó a Coral de vuelta. El resto ocurrió en segundos: Coral perdió el equilibrio, cayó de la banqueta y fue alcanzada por un automóvil que ni siquiera bajó la velocidad tras el impacto.

Diana se quedó congelada. No se le ocurrió fijarse en la placa del auto y tampoco supo qué pasó con el fulano, aunque era obvio que se había escapado mientras la gente se arremolinaba en torno a Coral.

Su amiga estaba en el piso, estremeciéndose, y la sombra que se había formado alrededor del tipo no se había ido: se hacía pequeña, se concentraba, se volvía más oscura; ya no era sólo ausencia de luz sobre el asfalto, sino algo vivo, un animal que se contraía en el piso, que se revolvía, que se levantaba. Con un movimiento como el de la serpiente que se lanza a morder, se metió en la boca de Coral.

"Eso no pasó. Lo imaginé. Es una pesadilla", se dijo Diana. "Es parte del sueño horrible de hace rato", agregó, mientras se forzaba a mirar la cara lastimada de Coral, sólo para estar segura de que ahora sí estaba despierta. Al ver su rostro hinchado y lleno de moretones, sintió un nudo en la garganta.

—Te tienes que recuperar, Cor —dijo, pero se quedó sin palabras y no pudo seguir mirándola, así que clavó la vista en la tele. Una lectora de noticias hablaba de una matanza en algún lugar de Asia y sonreía, como si estuviera contando algo bonito. Diana sintió que los ojos le ardían. "Los voy a cerrar sólo un segundo", pensó.

La despertó el ruido blanco de la TV. "Así que se acabó de joder el cable", se dijo, mientras oprimía una y otra vez el

botón del control remoto para cambiar de canal. En todos encontraba la misma interferencia. Miró de reojo a Coral, que seguía inconsciente; su pecho subía y bajaba de forma monótona, al ritmo del monitor cardiaco. Diana apagó el televisor, pero el cuarto quedó tan oscuro que, en un impulso, apretó de nuevo el botón de encendido. Entonces, en medio de la interferencia del televisor, vio la silueta temblorosa de una cara… la cara de Coral, espantada, con los ojos desorbitados. Aterrada, Diana volvió a apagar la tele. La oscuridad del cuarto le pareció más espesa, ni siquiera podía ver su mano frente a ella. "Debe ser porque la tele me deslumbró", trató de tranquilizarse, aunque sentía que se estaba mintiendo a sí misma.

Otra vez la boca seca y las palmas de las manos húmedas. Otra vez el corazón latiendo a mil por hora. "Me estoy dejando llevar por mi propia histeria", pensó, pero no podía evitarlo: necesitaba luz, luz de verdad, no la de esa tormenta de nieve en la pantalla. Estiró la mano hasta la pared, para buscar el apagador, y la retiró de inmediato, con asco: la superficie estaba tibia y pegajosa. Saltó del *reposet* y se apresuró a la puerta del cuarto. La abrió. Desde el pasillo entró la luz de una lámpara de halógeno. A lo lejos, vio a la enfermera en el escritorio de la entrada al piso. Diana sintió un gran alivio sólo por estar bajo la luz.

—¡Sálvame! ¡Me va a atrapar!

"¿Lo escuché o lo imaginé?", se preguntó Diana. Era la voz de Coral. ¿Habría despertado? Tenía que entrar a ver, pero sus pies no le respondían, su cuerpo se resistía a entrar de nuevo en el cuarto a oscuras, aun sabiendo que para iluminarlo simplemente debía accionar el interruptor de la pared.

—¡Diana! ¡Ayúdame!

Ahora estaba segura de que la había escuchado. Entró al cuarto de nuevo, dejando la puerta abierta para que la luz del pasillo la guiara al interruptor, pero la oscuridad era tan densa que parecía tragarse la poca iluminación que lograba entrar.

A Diana se le congeló la sangre cuando vio el televisor encendido y, en medio de la tormenta de nieve que llenaba la pantalla, el rostro de Coral… De ahí provenía la voz.

—¡Me va a atrapar!

Como si se hubiera liberado de un hechizo, Diana pudo al fin moverse. Alcanzó la cama y abrazó a su amiga. La puerta del cuarto se cerró de golpe y el televisor se apagó.

—No te voy a dejar sola, Cor —murmuró Diana sin soltarla.

La oscuridad seguía creciendo. Ya no se veía ni siquiera la línea de luz debajo de la puerta. Lentamente, los tonos emitidos por el monitor cardiaco de Coral se fueron espaciando.

Entonces, de la oscuridad en que estaba sumergida la esquina más alejada del cuarto, se desgajó una sombra. “Como en mi sueño”, pensó Diana. Poco a poco fue tomando forma, exactamente igual que en su pesadilla. Tenía la estatura de un hombre adulto y dos haces de luz azul donde deberían estar los ojos…

—¡No te la vas a llevar! —siseó Diana, dispuesta a dar batalla.

La silueta se aplastó contra el piso, como si fuera la sombra de alguien proyectada contra el suelo, y comenzó a avanzar hacia ellas, muy despacio. Cuando la sombra llegó al pie de la cama y subió por una de sus patas, los latidos

de la chica herida estaban tan espaciados en el monitor que al escuchar cada uno Diana temía que fuera el último. La sombra siguió su camino, cubriendo con lentitud el cuerpo de Coral como un sudario. Estaba a punto de llegar a su cara cuando Diana, loca de terror, extendió la mano y la cerró sobre esa oscuridad móvil. Para su sorpresa, la atrapó. La sombra se hizo pequeña, del tamaño de una mano extendida, y comenzó a agitarse violentamente. Diana pensó que parecía una mariposa negra atontada por la luz del sol. Pese al miedo, la sujetó con más fuerza.

La sombra seguía retorciéndose en su mano y era fría, tan fría que quemaba, como si Diana estuviera tratando de apresar una ráfaga de viento helado. "No te voy a soltar", pensó Diana, apretando los dientes y la mano, mientras el frío de la sombra subía por su brazo, como un hormigueo, y punzaba sus pulmones. En ese instante, el ritmo del monitor cardiaco se aceleró y la respiración de Coral se volvió profunda y tranquila, como si sólo estuviera dormida.

"¿Y ahora qué hago?", se preguntó Diana. Miró la sombra que se estremecía en su mano y, luego, el rostro de su amiga. Coral abrió los ojos. Por primera vez en su vida, Diana vio en ellos un asomo de temor.

—¡Cuidado! —musitó Coral.

Por la sorpresa, Diana relajó el puño. La sombra aprovechó ese descuido para hacerse más pequeña, apenas un girón de oscuridad, escurrirse de su mano y recorrer su brazo, su cuello, su rostro, como un relámpago negro, hasta entrar por uno de sus ojos.

Ahora ella se estremecía. El frío que antes sentía en la mano

ya estaba dentro de ella, intenso, cortante. Se le nubló la mirada. Cayó al piso. “Era una trampa, usaste a Coral para llegar a mí”, le alcanzó a decir Diana a la sombra, que ahora crecía dentro de su cabeza. Pudo notar cómo su propio corazón latía más despacio y entendió que moriría pronto. “Pero te enfrenté, no es a ti a lo que le tengo miedo”, pensó, y se imaginó su propia sonrisa, satisfecha. A fin de cuentas, era como quedarse dormida, sentir los párpados cada vez más pesados, respirar cada vez más lento.

Dentro de Diana, que seguía temblando, la sombra también comenzó a temblar. Diana podía sentir cómo la vibración era cada vez más rápida y violenta: la sombra

sufría. ¡Ahora tú estás muriendo!, pensó Diana.

“¿A qué le tienes miedo?”, exhaló la voz, apenas como el eco distante de un gemido.

“Así deben sonar las últimas palabras de un moribundo”, se dijo Diana.

Entonces sintió una explosión en la garganta y tosió. Abrió los ojos. Se levantó. De su boca brotaba un polvo negro y espeso que se disolvía en el aire. Poco después, cuando ese torrente maligno cesó, volvió a respirar con normalidad.

El cuarto del hospital parecía más luminoso que antes, los latidos de Coral se oían constantes en el monitor y Diana se dio cuenta de que, al menos por ahora, ya no sentía miedo.

RODOLFO JM

El hijo del carnicero

I

Mi padre era un hombre alto y musculoso, le gustaba usar camisas de manga corta para lucir sus brazos y los brazaletes con que los adornaba. Trabajaba en una carnicería del mercado Tacuba y su mayor vicio eran las mujeres. “Una vez que las pruebas no puedes parar”, me dijo cuando yo todavía andaba con la nariz llena de mocos. La gente dice que fue ese vicio el que le causó la muerte cuando recién cumplí los trece años, dicen que un marido cornudo fue quien le metió cuatro tiros al salir del trabajo. Yo mismo lo creí durante algún tiempo. Nunca se supo quién fue el asesino.

A mi madre no la recuerdo. Tengo en mi mente la imagen de una mujer joven que sostiene a un bebé en brazos. Su rostro es parecido al de una muchacha que vi en algunas de las fotografías que guardaba mi padre, pero tal vez sólo sea un espejismo creado por mi imaginación. He aprendido que no puedes confiar del todo en tu cabeza.

II

Llegamos a vivir al barrio de Tacuba cuando yo tenía cuatro años. Mi padre y yo, solos. Vivíamos en un viejo edificio sobre la avenida Legaria. Nuestro departamento era un pequeño refugio con dos recámaras y paredes color azul cielo. En una de esas recámaras dormía yo, en la otra mi padre y sus ocasionales invitadas. Junto al edificio había un obrador. A veces, para completar los gastos, mi padre se alquilaba allí para destazar puercos. Cuando volvía a casa en las mañanas, traía la ropa y los brazos llenos de sangre seca. Esa es una de las imágenes más vívidas que conservo de él.

Doña Concha iba a casa de lunes a viernes. Era una señora vestida siempre de negro y con un rosario de cuentas blancas entre las manos, a quien mi padre pagaba por mantener la casa limpia y encargarse de mí. Me llevaba a la escuela y me recogía; al llegar a casa, me servía de comer y después se sentaba a ver las telenovelas hasta que daban las ocho de la noche. A esa hora tomaba sus cosas y salía a toda prisa, hubiera llegado mi padre o no. Nunca me dirigió la palabra. Era una mujer triste y solitaria.

III

El obrador era un lugar lleno de cuchillos y machetes, amplio como un almacén. Húmedo, con muros de de mosaico blanco y pisos pintados del mismo color. Amueblado con decenas de mesas metálicas y refrigeradores más altos que un hombre. Un matadero. Construido para que en él la carne fuera abierta y dejara desprender de sí los músculos y los huesos; un lugar donde

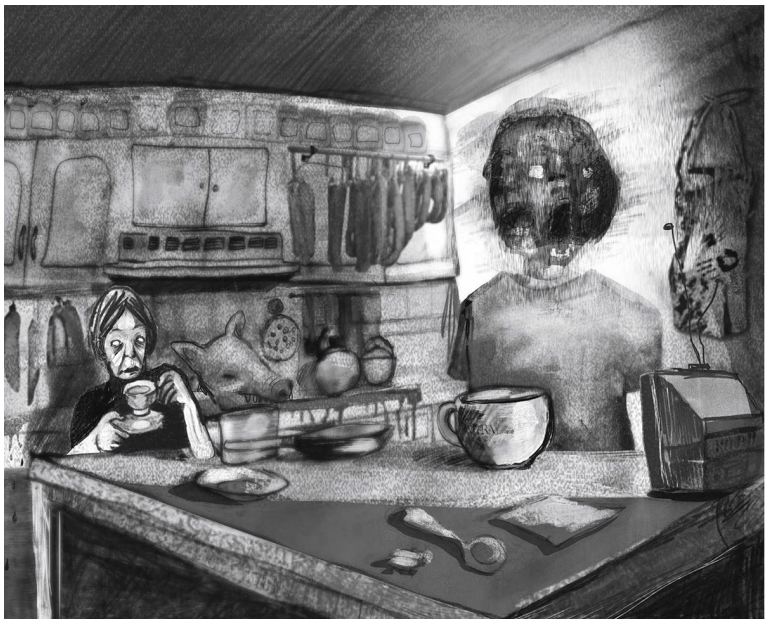
la piel herviría en cazos llenos de aceite y después se curaría al sol. Había canalillos especiales en el piso paraquelasangrecorrierahastalasalcantarillasyganchos en las paredes para colgar las canales de cerdo. El ambiente era frío, el olor a sangre lo impregnaba todo, un olor que se mezclaba con el del aceite hirviendo y el de las especias.

IV

Yo tenía nueve años cuando mi padre consiguió una de sus metas: ser el encargado de la carnicería en la que, hasta entonces, había sido chalán. Hay que decirlo también: mi padre no era sólo un mujeriego, era un hombre trabajador que supo ganarse la confianza y amistad de Adalberto y Martín Nava, los hijos mayores de una familia dedicada al negocio de la carne de puerco, dueños de varios locales en diferentes mercados y del obrador que estaba junto al edificio donde vivíamos. Mi padre y los Nava jugaban *squash* y boliche juntos, iban a los baños de vapor, los viernes se reunían para jugar dominó y los domingos para ver el futbol. Supongo que fue por esos días cuando se hizo amante de Idalia, la esposa de Martín.

Yo era un niño retraído, tenía una mente caprichosa y llena de malicia. Mis cualidades para socializar eran escasas, por lo que no me sorprendía que en la escuela nadie quisiera juntarse conmigo. Mi padre no era un hombre cariñoso, ni especialmente preocupado por mí. Se aseguraba de que no me faltara un techo, un plato de comida, y de que asistiese a alguna escuela, pero nada más. Evitaba el trato conmigo. Casi no hablábamos, no salíamos a pasear, ni siquiera se molestó en decirme cómo se

llamaba mi madre, de dónde veníamos, si huíamos de algo, si teníamos familia en algún lugar. En ocasiones, me pregunto si en verdad era mi padre.



V

Tardé tres días en enterarme de que habían matado a mi padre y entonces no supe qué hacer. Nadie me buscó, nadie se acercó a preguntarme cómo estaba o si necesitaba algo. Una tarde apareció la casera en el departamento, acompañada por un señor ya grande. Recogieron todas mis cosas y las amontonaron dentro de bolsas negras junto a la puerta. Hablaban de mi padre y de mí como si yo no

estuviese allí. “Pobre muchacho, qué irá a ser de él”, decía la casera, y el señor ya grande asentía severamente. Cuando se fueron, saqué de entre la basura algo de ropa y me largué enseguida.

No volví a poner un pie en la escuela. Encontré un lugar para dormir en un rincón bajo el puente de la glorieta de Tacuba, donde me resguardaba de la lluvia y el frío. Comía lo que robaba en supermercados y puestos callejeros. En ocasiones, ni siquiera me molestaba en correr, tomaba lo que quería justo frente a los empleados y me iba después como si nada. Nunca me pregunté a qué se debía que no intentaran detenerme. Me había acostumbrado a ser un fantasma, una sombra. Intenté asociarme con algunas pandillas. Nunca funcionó. Mi forma de ser les resultaba demasiado extraña. Nadie confía en un solitario.

VI

Una tarde fui descubierto robando en un centro comercial. Llevaba conmigo unas cuantas latas de atún, jamón, pan, galletas y tres latas de refresco. Ni siquiera me escondía, caminaba entre los clientes y los empleados con toda tranquilidad, sin que nadie voltease a verme. Iba a salir por la puerta principal, como lo hacía una o dos veces por semana, siempre sin ningún problema.

“¡Hey!”, gritó un policía. Me había visto. Solté las cosas y eché a correr. El policía, un hombre alto y gordo, no se detuvo, al contrario, apretó el paso tras de mí. Seguí corriendo hasta que descubrí que se me había acabado la calle. Estaba en el estacionamiento del centro comercial y yo mismo me había arrinconado en un punto muerto. Sin

escapatoria, me dejé caer contra la pared. Casi en ese mismo instante el policía se detuvo ante mí, jadeando, pero sin hacer nada; escupió un par de veces al piso, miró en varias ocasiones a su alrededor (incluso hubo un momento en que pareció que me miraba directo a los ojos) y siguió su carrera.

Lo primero que pensé fue que me había vuelto invisible, pero no es que hubiera desaparecido, o que mi cuerpo fuera transparente. Nada de eso. Era como si no existiese para la gente, como pasó con la casera y su acompañante, como pasó con el policía, como me pasó desde el primer día en que pisé una escuela. ¿Cómo sucedía? No tenía la menor idea. En ese momento, lo único que me importó fue comprobar que mis fantasías infantiles eran ciertas: yo era distinto al resto de la gente. Habitábamos distintas realidades. La de ellos era opaca, ciega, llena de espejismos. Yo, en cambio, pertenecía a una realidad más rica, y estaba convencido de que tenía que haber una razón para todo lo que estaba sucediendo.

VII

Las personas se despiden para siempre en los lugares y momentos menos esperados. Cuando eso sucede, ni siquiera te das cuenta. Un apretón de manos, adiós, hasta luego, tal vez un abrazo. La gente cree que volverá a verse pronto. Después, *pronto* se convierte en *nunca*, y entonces ya es demasiado tarde, algo se pierde sin remedio. La última vez que vi a mi padre fue un día antes de su muerte. Eran las cinco de la mañana y estaba por salir a trabajar. Vestía su mandil blanco y una camisa negra. “Nos vemos”, me dijo, y

yo, adormilado, todavía en la cama, contesté con un gruñido.

Al principio pensé que el asesino de mi padre había sido Martín Nava, pero a ese pobre le faltaban huevos para hacer una cosa así, o para ordenarla. Era igual que su hermano Adalberto, un fantoche. Les gustaba pasearse por el mercado vestidos como norteños. Usaban cinturones piteados, botas de piel, camisas a cuadros, pantalones de mezclilla e incluso sombreros. Alzaban mucho la voz, como si estuvieran peleándose todo el tiempo. Yo los recuerdo contando fajos de billetes, güeros ellos, con la cara colorada y oliendo siempre a alcohol. No eran unos matones, eran unos borrachos, eso eran.

En ocasiones, pensaba en vengar a mi padre. Imaginaba que era lo correcto, lo que se espera del hijo de un hombre asesinado. Creía en la culpabilidad de Martín Nava y hacía planes sobre la manera en que lo eliminaría, junto con su hermano Adalberto. En todos esos planes, el obrador hacía de escenario. Imaginaba a los Nava abiertos en canal, colgados de un gancho, boca abajo, sus cuerpos con el pálido color rosa de la carne de puerco, pero tenía preocupaciones mayores. Necesitaba saber exactamente qué me estaba sucediendo, si había otros como yo. Necesitaba saber quién era, qué más podía hacer. Por primera vez en mi vida, el mundo era un lugar lleno de posibilidades, y no pensaba perder mi tiempo en venganzas.

ERIKA MERGRUEN

El motín de las sombras

I

Habían perdido la esperanza de que se declarara una contingencia. Aunque las noticias, los periódicos y la red hablaban del nuevo contagio, no cancelaron las clases. Lástima, cuando ocurrió la epidemia de A1H1 tuvieron unos días de letargo geniales.

Valentina acababa de dejar su mochila en el piso cuando su mamá llegó corriendo con su hermano, Moy, en brazos:

—Vale, se me hizo tarde, por favor cuida a tu hermano en lo que hago la sopa, sólo unos minutos, no tardo. Valentina no pudo contestar nada, ya tenía al niño en brazos y su madre corría en dirección a la cocina. Antes de que el niño se diera cuenta de la ausencia materna, Valentina se dirigió a su cuarto, lo puso en el piso y cerró la puerta. No es que no lo quisiera, pero ella de bebés no sabía nada. No le hacían mucha gracia como a sus amigas, que se enternecían cuando venían a casa. Qué bonito es Moy, qué chulos ojitos, mira cómo se ríe, qué envidia, yo quisiera tener un hermanito.

Valentina se sentó junto a su hermano, con las piernas cruzadas, justo cuando Moy estaba a punto de entonarse para hacer una rabieta.

—Mira, Moy, tengo saliva en la lengua —le dijo al tiempo que la sacaba y la movía como un reptil frente al rostro del bebé.

Pues no, Moy no lloró. Se rio y, ¡oh, sorpresa!, la imitó. Uf, a Valentina casi se le sale el corazón. El hermanito se había vuelto como esos monitos de feria, ahora iba a imitar todo. Se le cruzó la imagen de Moy sacándole la lengua a su mamá como una lagartija hambrienta.

—No, no, no, Moy, ya no hay saliva, eh, mira, te voy a hacer animalitos en la pared. ¡Ya, mete la lengua! —le ordenaba Valentina, mientras trataba de controlar la mueca de su hermano con la palma de la mano—. ¡Guácala, ya me babeaste, ya basta, mira!

Valentina extendió los brazos, los cuadró para que el sol formara las sombras sobre la pared blanca, anudó sus dedos y creó un pájaro:

—¡No, tontín, aquí no! ¡Ahí, en la pared! —Valentina agitó las alas de la figura y, por fin, Moy miró.

A las figuras de sombras las acompañaba su onomatopeya: pío para el pájaro, guau-guau para el perro y… ¿y? "¡Rayos! ¿Cómo hace un cocodrilo?", se preguntó Valentina en voz alta. Moy no le contestó, sólo le sacó la lengua como una lagartija hambrienta. Valentina no pudo contener la risa, se carcajeó sin desanudar las manos. Fue entonces cuando vio al cocodrilo de las sombras alargarse hasta tomar la forma de una serpiente que empezó a zigzaguear por toda la pared. Valentina se sorprendió aún más cuando bajó los brazos por completo. La sombra no

desapareció, sino que subió hasta el techo y comenzó a sisear. En seguida, la sombra de Moy, que se proyectaba en la pared, se puso de pie y corrió tratando de atrapar a la serpiente, que recobró la forma de Valentina; pero la de Moy no, se limitó a corretear por el techo hasta desaparecer justo cuando llegó a la ventana.

Valentina abrazó a su hermano, aterrorizada, nada más para descubrir que su propia sombra, en la pared blanca, no estaba abrazando a nadie. No le dio tiempo de decir nada, ni de gritar, porque su madre entró al cuarto.

—Listo, ya está la comida. Te debo una, Vale. Anda, ve y lávate las manos, se han de estar muriendo de hambre —dijo su madre, al tiempo que tomaba a Moy sin sombra para llevarlo a la cocina.

Valentina se fue al baño, titubeando. A lo mejor sí tenía mucha hambre y había alucinado, pero esto sólo era el principio.

II

Valentina pasó callada toda la tarde, por el susto. Por más que observaba a Moy, no lograba encontrar su sombra. Supuso que era por el efecto de las lámparas de la casa y se fue a dormir pensando que en la mañana todo se arreglaría, pero no fue así. Su madre la levantó:

—Ay, Vale, te vas a tener que preparar tú sola. Moy amaneció malito y se lo voy a llevar a tu abue, porque en la guardería no lo van a recibir y, si no me apuro, llegaré tarde a la oficina. No se te olvide cerrar con doble llave. Mándame un mensaje cuando ya estés en el camión, porfa. Dame un beso, ya me voy —le dijo su madre a toda

velocidad, como auténtica comentarista de futbol.

Valentina se sabía todos los incisos para estar lista cuando viniera el camión escolar. Se preocupó por Moy, pero, la verdad, se le hacía absurdo creer que estaba enfermo por el asunto de la sombra que, ya visto a la distancia, seguro sólo había sido producto de su imaginación.

El camión escolar, por la mañana, era otra cosa. Tal vez porque todos iban desmañanados. Valentina recordó lo del mensaje para su madre. Aprovechó un alto para enviarlo, porque siempre se mareaba si leía o escribía en el cel cuando iba en movimiento. Lo mandó y guardó el aparato, pues en la escuela estaba prohibidísimo llevar cualquier

gadget. Miró por la ventana justo en el momento en que el camión arrancaba. Horror. La sombra del camión no se movió. Sólo alcanzó a ver cómo se quedaba atrás, ahí, sobre el asfalto, negra y estática.

Miró en todas direcciones buscando la complicidad en algún rostro de sus compañeros. Si detectaba a uno con cara de espanto, seguro había sido otro testigo de tal fenómeno, pero nada, todos iban ensimismados.

"Me estoy volviendo loca", pensó, "tan loca como las sicópatas de las series, pero yo soy de las que ven sombras en lugar de oír voces".

Valentina respiró hondo, sentía cómo el cereal con malvaviscos borboteaba en su panza, espantadísimo, haciendo todo lo posible para huir de la digestión.

III

Valentina fue la primera en bajar del camión, apresurada, como si huyera de un navío fantasmal hacia la seguridad de la tierra. El corazón le latía fuertísimo.

Sonó la chicharra. Ese ruido, tan familiar como desagradable, la regresó a la realidad. Desde que había llegado a la escuela no había parado de vigilar a cuanta sombra se le atravesaba, pero nada más había pasado.

Todos los alumnos se formaron. Cotorreaban y se empujaban en las filas, mientras el director los arreaba desde la tarima, micrófono en mano: tomar distancia, 1, 2, 3, segundo A, qué esperan, hey, Robles, despierta, señorita Flores, compórtese, vamos, tomar distancia, 1, 2, 3.

Valentina levantaba la mano como autómata. Se inquietó de nuevo cuando vio las sombras de las filas de

alumnos, inmaculadas, larguísimas, con la posibilidad de hacer algo nefasto. Y así ocurrió, aunque la verdad fue muy cómico. Una de las sombras se despegó de la formación, sólo para dar maromas sobre las sombras alineadas, y sí, la muy osada la saludó a ella, y a él… Valentina lo supo al ver la cara desencajada de su vecino de fila, el niño bonito de la generación: Andrés.

Valentina casi se rio cuando imaginó que a Andrés se le caían sus rulitos perfectamente peinados del susto, pero entonces él la vio, cruzaron las miradas sólo por unos segundos, para luego ver al frente y hacer como que no había pasado nada.

Entraron al salón, desordenando las filas y las sillas, hasta que el maestro en turno puso orden. Valentina pasó junto a Andrés y le susurró un rápido "viste a la sombra, ¿verdad?". Andrés palideció y contestó el típico "estás loca, no sé de qué hablas, niñita". Valentina se sentó en su banca, bastante enojada ante la negativa del niño bonito, también aliviada: si otro podía ver el fenómeno, ella seguía cuerda, aunque sin entender qué diablos ocurría.

IV

No fue hasta la salida que Andrés se le acercó, esperando el momento oportuno en que sus compañeros hablaban sobre enfermedades y esperaban el bendito anuncio del asueto forzoso. Andrés no quería que lo vieran hablando con Valentina porque, como decían sus amigas, era algo ordinaria.

—Está bien, sí la vi —confesó Andrés.

—Lo sabía, ¿cuántas más has visto?

—Creo que sólo esa, la alocada de la fila. Bueno, y la mía, en el club. La verdad no le hice caso, creí que estaba insoladísimo por no traer los lentes de sol. Me sacó la lengua, haciendo un gesto así —le dijo Andrés, mientras se llevaba las manos a la cabeza, las sacudía y le sacaba la lengua a Valentina.

—Pero no es para reírse, creo que es algo malo. La sombra de mi hermanito escapó ayer por la ventana y hoy amaneció enfermo.

—¿En serio? ¡No me asustes! Oye, ¿quién más las ve?

—¿Cómo quieres que sepa? ¿Qué no te das cuenta de que eres el primero al que descubro viéndolas? ¡Uf, me tengo que ir o me deja el transporte!

—Ok, búscame en la tarde en el chat, como a las 7, agrégame en el Face, ¿va?

—Va —contestó Valentina, mientras corría para no perder el autobús escolar.

Ella no lo vio, pero Andrés sí: la sombra de Valentina regresó hacia él, corriendo, para darle una patada a su sombra, la cual se desprendió y persiguió a la de Valentina por unos minutos.

V

Valentina entró al departamento. Su madre ya estaba en casa. Le pidió no hacer ruido, su hermanito no mejoraba y estaba dormido. Vale se fue directo a su habitación. Se apuraría a hacer su tarea para que su madre no le armara escándalo más tarde y pudiera chatear a gusto con el niño bonito Andrés.

Abrió el libro de historia, tomó la pluma y su cuaderno.

Antes, cerró la cortina, no quería que sombras revoltosas la distrajeran. Entonces, escuchó un tintineo que provenía de su computadora. Era el típico ruido del chat, sólo que la computadora no estaba encendida.

El tintineo se escuchó de nuevo, insistente. Valentina se acercó con sigilo a su *laptop*. Sobre la pantalla negra se dibujó, como por arte de magia, algo parecido a una mariposa. Era de 8 bits, muy pixelada, amarilla, radiante, como de aquella época en la que los monitores sólo funcionaban con fondo negro. Valentina arrancó del enchufe el cable de la corriente. En efecto, la mariposa desapareció, pero un instante después apareció de nuevo y arrojó una especie de nube brillante sobre el teclado.

Entonces, Valentina tomó una muestra con el dedo y murmuró:

—¿En serio, diamantina?

La mariposa titiló y se convirtió en una ventana de chat. Vale se sentó y leyó, se trataba de una tal riNg:

riNg: Se liberan. Debes detenerlas.

Vale se armó de valor y tecleó:

Vale: ¿Hablas de las sombras?

riNg: Sí, tu día es día y tu noche es día. Tu mundo es todo luz.

Vale: ¿Cómo?

riNg: Los días perpetuos desequilibran… Debes detenerlas.

Vale: Pero…

riNg: Apagón global necesario.

Vale: Es imposible, yo…

riNg: Apagón global necesario, el códig…

Valentina no pudo seguir leyendo y soltó un grito de dolor. La *laptop* se había cerrado sobre sus dedos. Frente a ella estaba su sombra, que pronto se escabulló por la mesa y corrió sobre el suelo hasta ocultarse bajo la cama. A Vale no le dio tiempo de recobrar el aliento, pues el tintineo empezó a sonar en su celular. La ventana de chat se desplegó:

riNg: El código estará listo mañana. Me volverás a leer muy pronto.

La mariposa se desvaneció. Valentina corrió despavorida buscando a su mamá y se la topó en el pasillo. Casi la arrolla. Llevaba en brazos a su hermanito, quien parecía convulsionarse:

—¡Está muy mal, Vale! Ya viene la abuela en camino, me voy al hospital, no faltes a la escuela. Te llamo en cuanto sepa qué tiene, no vaya a ser la influenza, Dios. Te quiero, Vale… —¡slam!, la puerta del departamento se había cerrado al tiempo que Vale se sentaba en el suelo, llorando, sin entender nada. Ni siquiera vio a la sombra de su hermanito gatear contenta sobre el techo.

VI

Su abuelita le había preparado su platillo favorito para la cena: *hot cakes*. Vale calculó que le daba tiempo de comérselos en un dos por tres, antes de que dieran las siete. Prefirió ignorar a la sombra de su abuela, que parecía

estarse echando una siesta sobre el refrigerador.

En cambio, a cada bocado de *hot cakes* que Valentina daba, su sombra optaba por tomarse un sorbo de agua. Supuso que eso tenía un efecto en ella, porque se sació antes de tiempo, pero quizá el estómago se le había hecho chiquito con tantos entuertos.

El teléfono de la casa sonó. Su abuela fue a contestar, al tiempo que su sombra parecía estar ya lavando los platos.

—No te preocupes, Vale, ya estabilizaron a tu hermanito. Todo va a estar bien. ¿Quieres ver la televisión conmigo?

—No, abue, tengo tarea. Mejor me apuro para que no se me haga tarde.

Las siete en punto. Vale se fue a su cuarto, encendió la *laptop* y esperó a que Andrés apareciera y a que su sombra se quedara donde sea que viven las sombras y no le machucara los dedos otra vez.

Andrés: ¿Entonces tienen vida propia?

Vale: O nos quitan la nuestra.

Andrés: No le va a pasar nada a tu hermanito, aunque… mi mamá también está enferma y los contagios han aumentado.

riNg: Apagón global próximo, esperen el código en las pantallas.

Andrés: Vale, ¿quién es esa riNg?

Vale: La mariposa… ¿Lo ves?, aparece de la nada.

riNg: Tecleo simultáneo, global.

Andrés: ¿Es una mariposa o una polilla?

riNg: Apagón glo… ¡Soy un hada!

Andrés: ¿Quéeeee?

Vale: LOL, ok.

riNg: Tomen, polvo, el códig…

Vale y Andrés recibieron una buena espolvoreada de diamantina en el rostro. Vale tuvo que buscar un pañuelo para sonarse la nariz y Andrés tosía como loco. Ya recuperado, le marcó a Vale. La invasión sobrenatural del chat no le gustó nada.

Hasta donde entendieron, tendrían que lograr coordinarse, *gadget* en mano, para teclear un código que apagaría las luces del mundo entero. Sonaba tan descabellado como decir que existen hadas que se asoman en los chats o en cualquier aparato apagado; igual de descabellado que decir que la sombra de Andrés hacía garabatos sobre la diamantina expulsada por el hada, mientras que la de Vale destendía la cama sólo porque sí. Andrés y Vale se tranquilizaron el uno al otro. Se despidieron.

Conforme avanzaba la noche, a Valentina le dio la impresión de oír más sirenas de las habituales. Parecía el desfile anual, con ambulancias, bomberos y policías juntos. En una ciudad monstruosa, como en la que vivía ella, era usual, pero todo tenía su límite. Las sirenas provenían de todos los puntos cardinales y de distancias variadas.

A pesar de toda esa algarabía, se tenía que dormir. “Una desvelada no teclea con la misma velocidad”, pensó.

VII

Valentina se despertó tarde y de mala gana, había dormido muy mal. La sombra de su abuela apenas se estaba preparando el desayuno. Su abuela estaba tomando su café

mañanero frente a un plato de huevos revueltos con jamón. Valentina sólo le dio un par de cucharadas al desayuno. Si no salía pronto, la dejaría el camión.

El transporte parecía un camión fantasma, apenas una tercera parte de los alumnos iban dentro de él.

—Creo que la gripe ahora sí se alocó —le dijo el chofer a Valentina—, pero puedes escoger un lugar doble. Aprovecha, niña, una pestañita más antes de llegar a la escuela.

En efecto, la escuela estaba casi vacía. El maestro de la primera hora tampoco se había presentado. Ni siquiera había suficientes maestros para tener un suplente. El director les dijo que se aplicaran y aprovecharan el tiempo libre para hacer sus tareas o que se fueran a leer a la biblioteca, pero si preferían andar de vagos, que lo hicieran, pero en silencio. El director no se veía muy bien. Era lógico, tanto Vale como Andrés habían visto a su sombra trepar por el asta bandera para dejarse caer al vacío, grácilmente, como si fuera la pluma que una golondrina perdió en pleno vuelo.

Vale y Andrés aprovecharon esa oportunidad para ir a la biblioteca. Andrés sacó unos *gadgets* de su mochila, lo mejor de lo mejor.

—Toma, son más confiables que las compus de aquí.

—¿Qué, me lo vas a regalar?

—¡Sueñas! Oye, no lo vas a creer, pero ya se quién es la tal riNg, es la Campanita de la peli esa de Disney.

—No te pases, no es de Disney, la peli es la copia de un libro.

—Como sea, es la versión moderna de Campanita y, como ya no hay campanas, se le hizo más *in* ponerse riNg.

—Noooo.

—Como sea, la peli o el libro, lo que haya sido primero, son el disfraz de algo real.

—¿Qué? ¿Y nosotros somos la versión moderna de Peter Pan?

—¡No inventes! ¡No me pondré mallitas verdes! No, las sombras son como otras personas, en otro lugar, pero algo se desequilibró.

—Es un desequilibrio en la fuerza, ¿no? Ya te cambiaste de peli. ¿De dónde diablos sacaste todo eso?

—Me lo dijo la tal riNg.

Y era verdad, riNg había podido chatear mejor con Andrés, no porque fuera más inteligente, sino porque su sombra era más pasiva. Era tan vanidosa, que se había pasado toda la noche peinándose y contemplándose en un espejo. Se podría pensar que las sombras eran el fiel reflejo de quien las proyectaba, pero no era una regla general. Las sombras más agresivas eran las que terminaban enfermando a sus dueños. Parecía que, sin su sombra, la energía de una persona se consumía más rápido. Andrés no había dormido casi nada y se veía radiante.

—Mira, no sólo está pasando aquí, está sucediendo en todo el mundo.

En efecto, hacía ya un par de días que la enfermedad estaba en todos los titulares. Había brotes sin confirmar por aquí y por allá. No era la primera vez que pasaba, pero como la gente ya se tomaba a broma cualquier conato de apocalipsis, prefería hacer memes que buscar el origen de las cosas.

riNg apareció tanto en la pantalla de Vale como en la de Andrés.

—¡Mira, ya se clonó!

—Globalidad —tecleó riNg—. Somos uno, somos legión. Están preparados. Recibirán el código.

—Wow, qué chido, somos legión.

Andrés y Vale buscaron sillas disponibles, pues algunas sombras estaban sentadas por aquí y por allá, absortas en supuestas lecturas. La bibliotecaria ni se enteró, nunca se quitaba sus lentes para ver de cerca. Ella decía que lo único bueno para ver estaba en las letras de los libros. Mientras tanto, su sombra se divertía desordenando los ficheros.

—Transmitiendo el código. Procedan a su captura. En ambas pantallas se desplegaron ventanas idénticas. Una hilera de palabras inconexas y cifras comenzó a deslizarse por ellas. Andrés y Vale tecleaban lo más rápido que podían, pero no lograban capturar toda la información.

—¡Es imposible, va muy rápido! —se quejó Andrés.

—Capturen. Con eso basta. Solo capturen. Somos legión.

Luz, brillo, 006, sol, amarillo, 빛, 전구, 明るさ, 23, foco, lumbre, 457, jaune, yellow, brigth, 890, желтый, свет…

Vale tecleaba como loca.

Los idiomas variaban, por supuesto que algunos eran irreproducibles, pues no tenía el teclado adecuado. Procuró copiar las palabras que reconocía a primera vista, los números más cortos, toda aquella palabrería luminosa. Conforme tecleaba, parecía que la pantalla cobraba un brillo sobrenatural. La misma riNg parecía consumirse en una intensa luz.

Entonces, todas las sombras comenzaron a prestarles atención, se deslizaban hacia ellos como si el cuarto entero fuera un tobogán. Vale habría podido ignorar el torbellino

de sombras si no hubiera escuchado aquel golpe seco. Una de ellas le había dado una bofetada a Andrés. Alcanzó a ver cómo sus ricitos se sacudían sobre su frente, mientras un alud de lágrimas inundaba sus ojos.

—¡Maldita!

Mas Andrés no se agüitó, recuperó su *gadget* del piso y tecleó con mayor frenesí. Valentina aguantaba los jalones de cabello y los golpes en la espalda, hasta que su propia sombra, enfurecida, le arañó el antebrazo. Sangró. El ardor la hizo sentir terror, pero siguió tecleando: 98, 1111, resplandor, blanco, filamento, 34, light, shine, 5912…

En ese momento, un gran resplandor inundó la habitación, como si un gigante le hubiera tomado una foto con flash. Vale pensó que, por un instante, habían visto la luz al final del túnel. Luego, las pantallas se apagaron. Las sombras salieron en estampida de la biblioteca. Sólo se escuchó el grito de la bibliotecaria: ¡Jóvenes, silencio, esto es una biblioteca!

Todavía deslumbrados, Vale y Andrés salieron al patio. Algunos alumnos y maestros miraban al cielo, otros al suelo, como buscando algo.

—Creo que lo logramos.

—No, no lo creo —dijo Vale al tiempo que señalaba hacia el asta. La sombra del director sacudía la bandera con fuerza.

El día estaba resplandeciente, sin embargo, parecía que todo se veía a través de un filtro, los colores parecían apagados, como los de una postal antigua que alguien olvidó en un cajón.

—Me voy a lavar la herida.

—Te acompaño.

—¿Al baño de chicas?

—Me quedo afuera, para vigilar.

—Tengo miedo, ¿y tú?

—Un poco.

Andrés esperó a Valentina. Veía de reojo su cel, esperando que la tal riNg apareciera. Un poco de diamantina lo hubiera tranquilizado, pero nada sucedía. Pensaba que Valentina no era tan ordinaria. Pensaba que él no era tan valiente como quería. Pensó que sólo quedaba esperar a que se terminara el día… o el mundo.

VIII

Cuando Valentina llegó a su casa, no vio por ningún lado a la sombra de su abuela, pero sí a su abuela postrada en la cama. Arrojó su mochila en el pasillo y se fue directo a su cama, desalentada. Ya no quería saber nada más. Se durmió.

Ya había anochecido. Un zumbido la despertó. Parecía como si miles de insectos recorrieran los muros del departamento. Apenas comenzaba a cobrar conciencia de lo que sucedía, cuando vio de nuevo un gran flashazo, pero ahora seguido de una oscuridad total. Se asomó a la ventana. Al principio, lo que veía la desconcertó. Luego reconoció que aquello sólo era un cielo estrellado, como se ve en cualquier lugar del mundo donde la luz de la civilización no ha logrado opacar las estrellas. Ella no lo sabía, pero, en el mundo entero, todas las fuentes de luz se habían apagado. Lo mismo había ocurrido durante el primer flashazo en el otro lado del mundo, donde la gente se disponía a dormir.

No había una sola luz encendida, ni siquiera las de los autos o las de los aparatos de pila, ni una sola planta eléctrica funcionó. Los pilotos de las estufas, las luciérnagas, los volcanes activos… todo aquello que emitía una luz nueva o antigua dejó de hacerlo, pero solamente por un par de minutos.

Toda la luz regresó de golpe. Vale trastabilló y pensó que se trataba de un sueño. Se llevó las manos a la cabeza, al igual que su sombra proyectada sobre la cortina. Su sombra y las de todos los objetos inanimados de su recámara parecían haber recobrado su antiguo orden.

riNg apareció en la pantalla. "Código correcto. Restauración global", escribió al tiempo que arrojaba una nubecilla de diamantina a modo de celebración. Vale se sentó y trató de preguntarle si todo estaría bien para siempre, qué había pasado con las sombras y dónde estaban ahora.

Fue inútil. Su compu estaba apagada y la magia había desaparecido.

Sonó su celular. Era Andrés. Estaba como histérico.

—¿Viste, Vale? ¡Fue alucinante! ¡Las redes sociales están enloquecidas, fue en todos lados! Y en la tarde pasó lo mismo en otros continentes, fue como volver a la época de las cavernas, pero sin fuego, y mira las fotos, están loquísimas y…

Valentina escuchaba la declamación de Andrés. Encendió la compu. En verdad era una locura… o sólo un recordatorio de cómo fue el mundo en épocas de oscuridad natural.

IX

En la red y en las noticias aparecían científicos de todas las naciones para tranquilizar a la gente. No había llegado el tan cacareado fin del mundo. Argumentaban que una explosión solar había afectado la infraestructura tecnológica de todo el planeta. Claro que les costaba trabajo hablar sobre el fuego ancestral y desdecían los rumores de que los volcanes del planeta habían apagado sus llamas por unos minutos. Insistían en que el pánico nos hace ver cosas que no suceden; que el fanatismo nos hace temerle a cosas que no existen. Eso sí, más de un líder religioso aprovechó el suceso para hacer un llamado a recuperar la vida espiritual.

X

Valentina nunca había disfrutado tanto un sábado. Su madre llegó con Moy en los brazos, tan saludable como siempre. Le entregó un paquete que estaba en el buzón. Valentina le quitó la envoltura. Era un *gadget*. Había una tarjeta pegada a la caja: Pues tenías razón, no es de Disney. Estaremos preparados. Andrés.

Vale encendió el lector. Contenía el libro electrónico de Peter Pan. Sonrió y pensó que Andrés, en realidad, no era tan sangrón como ella creía. Se asomó a la ventana y miró el cielo azul y las apacibles sombras de los árboles sobre el asfalto de la gran ciudad.

CECILIA EUDAVE

Reflejos de luz negra

I

Y se instaló entre los dos esa intolerable sombra. Opaca, gris, poderosa como todo aquello que no logramos comprender del todo. De momento, no supimos qué hacer con ella. No entendimos por qué compartíamos la misma sombra. Quién sabe desde cuando la teníamos ahí, disminuyendo las sombras propias, alejándolas de nosotros. ¿Porque quién presta atención a la sombra propia? Sin embargo, que no veamos algo no quiere decir que no exista. En fin, al principio no le dimos importancia y creímos, ilusamente, que se debía a los cambios naturales de la edad. Así, nuestras sombras se veían algo más altas y esbeltas. Fue hasta que Óscar, después de la práctica de futbol, notó que las dos sombras reflejadas en el pasto del campo eran abrazadas por una tercera, mucho más alta que la nuestra. Nos estremecimos, porque aquello no podía ser. Nos dimos la vuelta para comprobar si el entrenador o alguna otra persona estaba detrás. Nadie.

Óscar no lo tomó en serio en ese momento, creyó que

era culpa del agotamiento, del sol que, cuando te deshidratas, te hace ver cosas raras. Lo dejamos así y ahí. Sin embargo, desde ese momento nuestras vidas ya no fueron iguales. Éramos, por decirlo de algún modo, acechados. La tercera sombra, sobre todo cuando estábamos juntos, nos hacía comportarnos de forma agresiva, grosera y violenta. Más de una vez atacamos a algún chico a empujones y patadas, como si fuera una pelota; otras veces, hacíamos bromas terribles a las compañeras que salían del baño. No sólo compartíamos la misma sombra, sino la misma actitud, la misma mirada rabiosa y a ratos ausente. Temerarios, sin respeto por nada, desafiábamos a los profesores, los llamábamos tontos, y en la cancha de futbol cometíamos faltas innecesarias, sólo por el gusto de ver a los contrincantes revolcarse de dolor en el césped. Nos nació un gusto retorcido por el sufrimiento, por la sangre.

Yo hice un alto, no estaba bien aquello. Sobre todo porque notamos que cuando no estábamos juntos, haciendo todas esas cosas malas, absurdas, sin sentido; ya solos en casa, o con la familia, nos invadía una tristeza imposible de sobrellevar, como si nos faltara algo. Entonces, nos encerrábamos en la habitación y pasábamos todo el día sin deseos, sin apetito, esperando que terminara el doloroso fin de semana para reencontrarnos en la escuela. Nos dimos cuenta, también, de que en la soledad cada quien portaba su sombra y media más, lo cual volvía nuestra presencia aún más extraña e inquietante para otras personas. Además, esa tercera sombra enganchada a la propia nos ocasionaba una fatiga que si no se vive es imposible de explicar. Sólo se aliviaba ese peso cuando estábamos juntos, cuando la tercera sombra completa nos abrazaba a los dos.

Algunos de los compañeros de la secundaria notaron la tercera sombra y comenzaron a esquivarnos, asustados, ya no sólo por nuestro comportamiento agresivo, sino también por esa extraña aparición en las paredes, en las butacas, en el patio, en el laboratorio, en las aulas, por doquier. Cada vez más relegados y tachados de malignos, se nos ocurrió hablar con la familia, con algún profesor de confianza para explicar lo que sentíamos. No nos creyeron, a pesar de que sí veían esa silueta que, de día, se manifestaba, apenas dibujada, entre nosotros; y de noche era intensa, poderosa. Decían que era un invento o una alucinación compartida que, de tanto repetirla como cierta, la creíamos verdadera.

Nos convertimos, sin más, en los apestados de la escuela. No queríamos seguir viviendo así, no éramos así, y esa nueva personalidad que todos asociaban a una adolescencia difícil, a un querer llamar la atención, a un justificar nuestros actos de vandalismo haciéndonos pasar por acechados, nos iba desquiciando poco a poco.

II

Para nuestra fortuna, apareció Mario. Le dimos un poco de lástima; de hecho, él nos lo confesó y, a pesar de que lo habíamos tratado bastante mal, sobre todo el primer año, tachándolo de ñoño y darketo, nos echó una mano. Se acercó a nosotros cuando vio que la sombra compartida estaba un poco pálida y de menor tamaño. Nos dijo que había estudiado nuestro comportamiento bajo los efectos de la tercera sombra y notó que éramos menos peligrosos cuando ella se mostraba disminuida. Aún así, fuimos muy hoscos durante ese primer encuentro:

—¿Qué hay? —nos preguntó casual.

—Esfúmate, ñoño —le contestó Óscar.

—Bueno, venía a echarles una mano con el asunto ese de la sombra. Si no quieren, ahí se ven.

Yo me puse de pie inmediatamente y lo detuve por el brazo.

—Espérate. ¿Cómo puedes ayudarnos?

—Aldo, este no sabe nada, nomás se quiere hacer el listo —comentó enfadado Óscar.

—Si quieren que los ayude, los espero en el patio, en la esquina norte, a las doce con trece minutos.

Recuerdo que lo miramos sin entender. De seguro pensó que éramos unos cavernícolas que no sabían de puntos cardinales; por eso terminó por decir:

—A un lado de la tienda. A esa hora, ahí no se proyecta ninguna sombra y podremos hablar.

III

Llegamos tarde al encuentro, nos costó trabajo zafarnos de la clase. Además, Óscar se puso furioso cuando un compañero amenazó con delatarnos. Él ya estaba perdiendo el control de sí mismo, cada vez más agresivo, más ensimismado; yo me sentía igual, pero ponía alguna resistencia. No sabía cuánto tiempo más podríamos aguantar esta angustia de sentirnos, como decirlo, ocupados, habitados por dentro.

—Llegan tarde. Ya me iba.

—No seas gacho, espérate, no tienes ni idea de lo que nos pasa.

—Debe ser horrible. Los voy a ayudar, porque les

aseguro que hay montones de cosas que escapan a una explicación racional, que habitan ocultas en los lugares o entre los objetos, esperando a que alguien las despierte. Ustedes despertaron a esa sombra… ¿Cómo? ¿Dónde?

—No lo sabemos, ñoño —contestó Óscar.

—Piénsenlo bien… ¿Fueron a algún lugar? ¿Compraron algún objeto? ¿Abrieron una caja? ¿Se encontraron algo?… Nada aparece de la nada, uno lo provoca.

Quedé meditativo unos momentos. Recordé y le conté a Mario que hacía un par de meses Óscar y yo visitamos una tienda de cosas viejas en el centro. Andábamos vagando por ahí, aburridos. Nos llamó la atención que en un escaparate hubiera una prótesis de brazo muy antigua, con un garfio. Entramos, nos pareció divertido hurgar por ahí. La tienda era bastante grande, llena de polvo y muebles que parecían chinos, muchos libros, un ropero con chaquetas revolucionarias que nos probamos jugando a ser generales o soldados. Nos llamó la atención que no había nadie cuidando. Óscar se dedicó a probarse pelucas y abrir cajas y cajones, hasta que hallamos un baúl de madera color rojo bermellón, lleno de fotografías. Sacamos algunas y las comenzamos a mirar, sin mucho interés, hasta que dimos con una foto atada con un listón negro.

—¿Y lo desataron?

—¿Tú que crees, ñoño?

—Descríbeme la foto, Aldo.

—Era el retrato de una señora mayor, como de otro siglo. A su lado se veía la figura medio borrosa de un chico que parecía su hijo y, detrás de él, una mancha negra o algo así. De pronto apareció el dependiente: “¿Van a comprar algo o sólo vinieron a jugar a mi tienda?”. Óscar

instintivamente se guardó la foto entre la ropa, mientras yo le mostraba las fotografías al dueño: “Son muy caras, para coleccionistas. Además, son peligrosas”. Dijo eso mientras me las arrebataba de las manos. Luego, vio en el suelo el listón negro de la foto que habíamos desatado. “¿Por qué le quitaron el listón? ¿Dónde está la fotografía?”. Yo miré a Óscar y él levantó los hombros. Le aclaramos que nosotros no habíamos hecho nada y que el listón ya estaba ahí. “No les creo, debieron quitárselo a una foto. No saben lo que han hecho, y pagarán las consecuencias… No sé qué pueda pasarles”. Entonces, Óscar se rio del señor que atendía el lugar.

—¿Te burlaste de él?

—Ñoño, ¿qué puede tener de peligrosa una fotografía vieja? ¿Qué podría hacernos?

—¿Qué pasó con la foto, Aldo?

—El dependiente la buscó durante un rato; no nos dejó ir hasta que se cansó de revolver toda la tienda. Luego, nos echó furioso, diciendo: “Yo les di la oportunidad de regresarla. Ahora es su responsabilidad”, y nos cerró la puerta en las narices. Después de salir del asombro, nos dio un ataque de risa cuando recordamos la sentencia del vejete de la tienda, y más risa nos dio cuando Óscar sacó la foto que traía oculta en la bolsa del pantalón. Era horrible y cursilísima. Bromeamos todavía un rato sobre quién iba a ser el novio de esa gorda vieja. Lo curioso es que luego, cuando la vimos bien, nos quedamos un rato observándola y hasta nos peleábamos por tenerla con nosotros. La verdad es que no sé porqué, era una cosa extraña, pero yo necesitaba tener la foto y Óscar igual.

—¿Dónde está?

—En mi casillero —respondió Óscar. Decidimos que nadie se la llevaría a casa, así la veríamos los dos en la escuela.

—Vamos por ella, tengo que verla.

IV

Nos costó mucho trabajo desprendernos de la fotografía. Éramos, por decirlo de algún modo, sus custodios. Desarrollamos un extraño apego a esa imagen vieja y raída. Sobre todo Óscar, que por ningún motivo dejaría que se la llevaran para investigarla. Mario insistió mucho más cuando descubrió que la foto estaba firmada por un tal William H. Mumler.

—Esto debe ser una buena pista, será más fácil rastrear así la imagen. Necesito llevarme la original para examinarla bien.

Después de mucho rato, convencimos a Óscar. Mario se llevó la imagen, nosotros sentimos como si nos arrancaran un pedazo del cuerpo y de inmediato comenzó esa sensación de vacío. Ahora, ni estar juntos la mitiga.

V

El fin de semana fue intenso. Me quedé en casa de Óscar, para estar por lo menos acompañados y no intentar algo de lo que pudiéramos arrepentirnos, pues la pesadumbre era tal que, por momentos, nos quedábamos viendo el techo, como buscando una puerta por donde escaparnos. Ni la música, ni los videojuegos, ni salir a jugar con los amigos lograron distraernos de ese trance melancólico en el que

nos encontrábamos, tan lejanos, tan distraídos del mundo. Sólo estábamos atentos al celular, a la llamada de Mario, quien prometió que, en cuanto averiguara algo, nos lo comunicaría. Parecía que llevábamos días en la espera, pero apenas era sábado. En la noche, con la luz artificial que penetraba en la habitación de Óscar, observábamos cómo la sombra, que siempre a esa hora era muy poderosa, pero que nunca se mostró hostil con nosotros, ahora nos amenazaba. Y no era una idea, pues a los pocos minutos vimos cómo se desplazó por la habitación. Por primera vez había dejado de refugiarse detrás de las sombras que proyectaban nuestros cuerpos. Se deslizó como un reptil sobre la pared. Recorrió toda la habitación, produciendo el sonido escamoso de una serpiente que va apretando su cuerpo para aprisionar y asfixiar a su presa. Se nos pegó un frío en la espalda y un sofoco aceleró nuestros corazones; escuchábamos nuestros latidos desenfrenados chocar los unos contra los otros. Yo golpeaba el muro con fuerza, tratando de estremecer los objetos, de provocar algún ruido para que vinieran los padres de Óscar a auxiliarnos… Fue inútil. La sombra dio un salto para caer encima de nosotros, pegando su rostro a los nuestros —tenía uno que no pudimos distinguir si era humano o no—, su aliento era frío y la negrura que manaba de sus ojos, dos espejos oscuros, tenía intenciones de tragarnos. Yo logré rodarme de la cama y caer al piso. Óscar, por el contrario, se quedó clavado a la cama, absorto en esa mirada vacía que le robaba toda la fuerza. Lo jalé y cuando lo saqué del trance lanzó un grito tan aterrador que sus padres llegaron de inmediato, abrieron la puerta y encendieron la luz de golpe. Si no hubiera sido por ese grito de espanto de Óscar, quién sabe qué habría ocurrido. Su

madre lo encontró desvanecido y con fiebre. “Viene por nosotros, viene a habitar en nosotros”, repetía una y otra vez. Su mamá le puso unas toallas mojadas sobre la cabeza. Su padre observó la caja de pizza vacía, la cantidad de videojuegos tirados por el piso y la hora. Sólo atinó a decir:

—¿Ven lo que pasa por comer mucho y jugar tantos videojuegos por la noche? ¡Pesadillas, muchachos, pesadillas!

Cuando por fin nos quedamos solos, no apagamos la luz, ni yo pegué ojo en toda la noche.

VI

Nadie nos ha dicho que las cosas tienen una vida secreta,

que se imantan con la energía de otros seres, que tienen una relación con el tiempo y el espacio distinta a la nuestra, sobre todo las fotografías. Además, Mario nos explicó que nunca debemos subestimar algo que, atado a un objeto, lo guarda o lo mantiene oculto. Por algo esas protecciones están ahí.

—Sin tanto rodeo, ñoño, al grano, qué le pasa a mi foto —dijo Óscar, con impaciencia. Me extrañó que dijera que era *su* fotografía y no *nuestra.* También había notado que, desde la noche anterior, su actitud hacia mí había cambiado; parecía que no soportaba estar a mi lado. La foto que en un momento nos ataba, ahora nos separaba.

—Les voy a explicar rápido, porque tenemos que actuar cuanto antes. Ustedes tienen en su poder una imagen auténtica del famoso fotógrafo de espíritus del siglo XIX William H. Mumler, quien fue muy renombrado, no sólo en América, sino también en Europa. Él descubrió accidentalmente, en 1861, que en un autorretrato aparecía la figura difuminada de una mujer joven, que reconoció como su prima recién fallecida. Mumler estaba por ese tiempo muy entusiasmado con la moda del espiritismo y era bien sabido que frecuentaba a los grandes de la época y asistía a todas las conferencias y representaciones sobre el tema. Una vez, durante una parranda con uno de esos médiums, comentó que a él le gustaría ser como ellos. El médium le aseguró que todos somos susceptibles de entrar en contacto con las cosas del otro mundo, que es cuestión de encontrar el medio para entablar una conversación con el Más Allá. Algunos tocan objetos, otros entran en trance y hay quienes utilizan los sueños, pero todos, absolutamente todos, podemos ejercitar esa sensibilidad dormida o

acallada por el miedo. Así que Mumler pensó que podía tener acceso al Más Allá por medio de la cámara, que al fin y al cabo es un ojo sensible, sin miedo, un ojo apasionado por lo que captura, pero sin la obsesión de lo mirado. Y se convenció de que su cámara podía ser el catalizador, el espacio de tránsito para acceder a ese otro mundo. Además, era muy mezquino y quería hacer dinero rápidamente, como todos esos médiums de la época. Quizá eso, su deseo de fama, de prestigio y, sobre todo, de dinero, fue lo que pervirtió un don o una entrada posible al mundo de los muertos. Se dice que incluso Mary Todd, esposa de Abraham Lincoln, acudió a él para tomarse una foto y tener al espíritu de su marido como recuerdo en un portarretrato. Mumler ya era una estrella, salía en los diarios y otros fotógrafos comenzaron a hacer lo mismo que él. Eso debió desacreditar su trabajo; imaginen que todos podían sacar fotos de los espíritus. Después, se comprobó que eran un fraude, todos menos Mumler, nunca pudieron saber a ciencia cierta cuál fue la técnica que utilizó para integrar esa otra imagen en sus impresiones. Y lo más curioso, antes de morir destruyó todas sus placas y sus fotos. Muy pocas se salvaron, ustedes tiene una de ellas. Al parecer, por algo no sucumbió al fuego, por algo la sujetó con un listón negro, por algo el dependiente se molestó tanto y por algo ustedes no pueden desprenderse de la foto.

—¡Puras tonterías! Dame la foto, ñoño, es mía y no creo que nada de esto sea cierto.

—¿Desde cuándo está así, Aldo?

Le narré rápidamente lo ocurrido. Sacudió la cabeza y dijo que debíamos actuar de inmediato.

—Vamos a quemarla.

—¿Qué? Por algo no la quemó el tal Mumler, ¿y ahora quieres que lo hagamos nosotros?

—Tú la quemas, ñoño, y yo te parto la cara.

—Óscar, tranquilo, si te quieres sentir bien, debes creer en mí. Yo sé lo que hago.

—No nos has dicho qué vas a hacer.

Entonces, Mario prosiguió:

—Si bien Mumler era un codicioso, también tenía el deseo de acceder a lo que muy pocos o casi nadie puede poseer: asesoría del Infierno. El médium que frecuentaba, siempre ebrio, por cierto, le contó que su maestro le confesó que existían espíritus malignos, con forma de sombras, que siempre están a la espera de encontrar una puerta que les dé acceso al mundo visible, al mundo de lo corpóreo. No sé, chicos, si a veces ven que en sus fotos salen manchas o luces que no están ahí cuando las toman, pues son ellos intentando salir. Así que Mumler se dio a la tarea de fotografiar y fotografiar, buscando que algún ser oscuro apareciera. Si los espíritus de familiares aparecían era porque aún no habían cruzado el umbral, pero esos no eran malos ni tenían intenciones de quedarse. Los que sí lo desean, le dijo el médium, son los que están detrás de los muertos recientes, esos que aún no han penetrado en la luz o en la oscuridad, y son perfectos para ellos, son como una antesala al mundo concreto en el que vivimos. De los cientos de fotografías que Mumler tomó, sólo cinco captaron esos seres oscuros. Eso era un mito hasta ahora, pues ustedes tienen una de ellas.

—¿Y qué pasó con Mumler?

—Seguí investigando, Aldo, y… bueno, fue difícil averiguarlo. Dicen que a Mumler, antes de quemarlo todo,

se le veía desmejorado, hablaba solo, iba de un lado a otro mirando el piso, las paredes, creían que estaba paranoico porque sentía un acoso permanente. Ya bebido, hablaba de cosas terribles que había visto a través de los ojos seductores de una sombra, decía que la maldad era atractiva, que la crueldad era deliciosa, que la brutalidad podía convertirse en un vicio y el dolor causado a los otros en una droga, que ahora era incapaz de sentir nada por nadie. Creo que en un momento de lucidez debió haber ido con su amigo médium y él le recomendó quemar todo.

—Entonces, ¿por qué no quemó esta?

—No estoy cien por ciento seguro. Todo esto lo encontré en un blog de esos de espiritismo y magia secreta. Puede ser que Mumler temió que, si las quemaba, la maldad ahí encerrada se liberaría y entonces sí, quién sabe cómo habría podido detenerla. El bloguero dice que el fuego es la mejor herramienta para mantener a raya lo maligno. Le escribí contándole sobre esto y me dio algunos consejos.

—¿Cuáles?

—Debemos quemarla, después, meter las cenizas en un bolsa de plástico, atarla con el listón negro que fue el primer candado que se le dio y, finalmente, enterrarla en un lugar donde nadie pueda encontrarla. No hay que esparcirlas, eso multiplicaría sus posibilidades de volver. Debemos enterrar a esa sombra y confiar en que nadie, por lo menos en mucho tiempo, la encuentre.

—¡Hagámoslo ya!

—No vamos a hacer nada, ñoño, dame la fotografía ahora mismo.

—Óscar, ¿qué haces? —y le cayó encima a golpes al pobre.

Cuando pude separarlos, Mario se puso en pie, fue por la foto y se la dio a mi amigo, quien salió corriendo del lugar.

—¡No hay tiempo que perder! ¡La sombra debe volver a estar atada y luego debemos enterrarla!

—Se la ha llevado Óscar, no hay manera…

—Tiene una copia idéntica a la original, ahora tenemos a la tecnología de nuestra parte —sonrió—. Además, para cuando se dé cuenta de que tiene una falsificación, este asunto ya estará terminado.

VII

Me comentó que la fotografía auténtica la tenía en su casa y fuimos para allá de inmediato. Al llegar, no había nadie. Subimos rápido las escaleras. Cuando entré a su cuarto, un intenso escalofrío recorrió mi espalda: Mario había sacado decenas de reproducciones de la fotografía, ampliando hasta donde más la mancha negra que estaba detrás del posible espíritu del chico. Aún no puedo sobreponerme al impacto que me causó ver en esa pared la figura inmensa de la sombra que me había acosado las últimas semanas. Y sí, ahí estaba ella, no había duda, con esos ojos orificios, huecos de un atroz vacío que contenía todo y te dejaba la nada. Un frío intenso pululaba por la habitación. Mario esbozó una sonrisa maligna, yo había caído en su trampa. El fragmento de sombra que me seguía, como un lazo indisoluble, comenzó a deslizarse por la pared y se refugió en el negro de la tinta. Al hacerlo, pareció magnificar su fuerza, como si la reproducción de su imagen le diera una vitalidad insospechada. Mario sostenía la verdadera foto en su mano. Se notaba que de ahí emanaba una corriente de

luz negra que iba llenando el lugar.

—Si hubieran venido los dos…, pero con uno basta. Yo tomaré tu lugar, Aldo. Yo seré, junto con Óscar, la puerta por donde este ser arribará. Quiero ver lo que tú y él han visto. Mumler tenía razón, quizá tengamos un poder ilimitado, piensa en las cosas que se pueden materializar, poseer…

Dicho esto, Mario quedó anonadado con la ruta que seguía esa sombra para ocupar el espacio que le había destinado, casi como un altar. Sin saber qué hacer, me arriesgué a quitarle la fotografía. Reaccionó de inmediato, quiso arrebatármela, pero logré salir corriendo de su casa. Era un ñoño, no un atleta, para mi fortuna. Enfurecido, me siguió no sé cuántas cuadras, no sé por cuanto tiempo. Noté que Mario, agotado, se detuvo para sentarse en el borde de una banqueta. Yo doblé la esquina y ahí me paré para tomar un poco de aire. Escuché mi teléfono. Lo dejé sonar un rato, hasta que paró. Luego sonó el tono del buzón de voz, Mario había dejado un mensaje: “Lo siento, se apoderó de mí, es muy peligrosa, debemos destruirla”. Me pidió que nos reuniéramos en el Parque de los Abedules, una hora después. Terminó el mensaje diciendo: “Por favor, no intentes destruirla”. No confiaba en Mario, pero él tenía el listón negro, un elemento fundamental para concluir el ritual de confinamiento de la sombra. No había otra opción, tenía que ir.

VIII

Mario llegó puntual, pero después que yo. Lo aguardaba oculto detrás de unos arbustos. Observé cómo preparaba

todo de manera casi religiosa. Traté de que no se me olvidara ningún detalle, por si acaso algo salía mal y debía escapar con la foto otra vez. Me acerqué sigiloso.

—Llegas tarde, dame la foto. Tenemos que destruirla, ya has visto que quienes entran en contacto con ella se obsesionan.

—Sí, es peligrosa. Prende el fuego, hay que quemarla ya.

—Dámela, yo lo hago.

—No, quiero hacerlo yo.

—Tú no sabes cómo hacerlo.

—Pues dime.

—¡Que no! ¡Lo haré yo!

En ese momento, noté que Mario seguía bajo los efectos de ese ser oscuro. Él tenía ahora esa parte que en un momento había sido mía, pues al caer la tarde, su sombra proyectada sobre la tierra se veía más grande, más ancha. Supe que en ese momento yo estaba liberado de su influencia y sólo yo podía hacer algo para detenerla. El fuego ardía poderosamente en el incensario. Lancé la foto sin decirle nada a Mario y esta apenas rozó las llamas. Su mano se interpuso y la aferró. Luego, se alejó como un bólido; creo que nunca vi a nadie correr de esa manera. Lo perdí de vista entre los abedules. Luego, sonreí, “la tecnología ahora está de nuestro lado”. Saqué la foto original y la tiré al fuego. Mientras se quemaba, no sentí absolutamente nada, quizá porque ese eco de maldad ya resonaba en otra parte. Escuché alguno que otro repiqueteo del fuego. Cuando por fin paró y me cercioré de que todo había sido consumido por las llamas, vacié el contenido en una bolsa de plástico, la cerré atando con fuerza el listón negro y me fui de allí.

IX

El resto del domingo me enclaustré en mi habitación. Apagué el celular y le advertí a mi madre que no estaba para nadie, ni siquiera para Óscar. No fui el lunes a la escuela, pero sí salí de casa. Al hacerlo, me fijé si alguien me estaba siguiendo. Enterré las cenizas en un lugar que me pareció poco probable que encuentren, aunque eso nunca se sabe. Sobra decir que perdí la amistad de Óscar, Mario jamás volvió a dirigirme la palabra y el resto de mi paso por la secundaria fue sin pena ni gloria.

En uno de mis tantos vagabundeos, volví a dar con la tienda del garfio y entré. No sé, me vi obligado a hacerlo. El dependiente ahora sí estaba en su sitio y me miró. Sé que me reconoció, de eso no hay duda, porque sonrió de lado, pero no me dijo nada. Estuve tonteando por ahí, haciendo como que me interesaban algunas cosas. Por fin se metió a la oficina o a su casa, detrás de la tienda, y fui directo al baúl donde tiempo atrás Óscar y yo habíamos encontrado la fotografía. Mientras revolvía su contenido con una ansiedad algo extraña en mí, con una agitación un poco descontrolada, descubrí en el fondo del mismo la bolsa de plástico con el listón negro. Dejé caer la tapa del baúl y el sonido retumbó en toda la tienda. El dependiente se acercó:

—¿Vas a comprar algo o vienes a robar otra vez?

—¿Cómo, si yo la enterré?

—Y yo la desenterré.

—Pero…

—¿Creíste que les iba a perder la pista? ¡Y menos con algo tan peligroso! Ya me imaginaba que iban a hacer alguna tontería, aunque debo admitir que tu amigo Mario fue más listo, complicó un poco el asunto. Dejé que

creyeran que podían salirse con la suya, para ver si así aprendían a no meterse con los secretos que habitan en las cosas; para ver si descubrían que la sombra de cada uno de nosotros es una puerta que debe permanecer bien cerrada. Si alguien la abre y la traspasa… En fin, los seguí todo el tiempo. Cuando enterraste las cenizas de la foto, Óscar y Mario ya estaban aliados, iban a ir por la noche a recuperarlas. Yo lo hice unos minutos después de que te fueras. No eres muy bueno evadiendo gente y no tienes paciencia para esperar a ver si de verdad alguien te sigue. Las traje a la tienda. Ningún lugar más seguro que este. ¿Quién sospecharía que las cenizas están justo aquí, en el lugar del que fueron hurtadas?

—Yo vine y di con ellas. ¿Cómo sabe que ellos no vendrán?

—No vendrán, siguen yendo al lugar que elegiste, una vez por semana, para buscar las cenizas Son soberbios, necios y creen que lo saben o lo entienden todo. En cambio a ti, te guiaron tus remordimientos. Tú siempre supiste que lo que habías hecho estaba mal; de alguna forma querías cerrar el círculo y no porque la sombra te haya llamado. Estarás bien. Ahora, detrás de ti, sólo está tu sombra. Debes irte, estoy cocinando y no quiero que se me vaya a quemar la sopa —luego abrió el baúl y hurgó hasta dar con una foto —. Toma, llévate ésta como recuerdo. No me gusta que mis clientes queden insatisfechos, aunque sean ladrones. Para afuera, que ya tengo hambre —me empujó con fuerza—. Y no te asustes, esa fotografía es inofensiva.

Me quedé parado frente a la tienda un rato, hasta que saqué fuerzas para ver la vieja fotografía que me había dado. Eran tres niños con pantaloncillos cortos y unas

boinas a cuadros muy curiosas. Uno de ellos sostenía un balón que parecía ser codiciado por la mirada de los otros. El niño lo agarraba con mucha firmeza. Él era el dueño de esa pelota, nadie iba a arrebatársela. Me invadió una sensación de renovada confianza en mí, aunada a una certeza de que nadie volvería a intentar usurpar mi sombra. Con esa convicción, me alejé caminando.

ANDRÉS ACOSTA

Hurtos

Es medianoche. A lo lejos se escucha el rumor de la música de una fiesta. El sonido llega hasta su ventana en retazos, según el capricho de las fuertes ráfagas de viento que vienen y van. Imagina a las parejas de chavos felices, moviendo el esqueleto o muy pegaditos sobre una tarima. En cambio, él tiene que repasar una vez más los huesos del cuerpo humano. Debe recitarlos de memoria hasta que se graben en su mente. El hueso es un tejido firme que forma parte del endoesqueleto de los vertebrados. Escafoides, semilunar, piramidal, pisiforme, trapecio, ganchoso, trapezoide, grande; después vienen los de los dedos, los metacarpos y las falanges… Eso es una mano.

La luz verde ilumina su escritorio. Los gruesos libros de medicina apilados parecen mantener el desvencijado mueble en su sitio, como para que el viento no se lo lleve; como para anclarlo a su pequeño cuarto de azotea, donde vive desde que llegó a esa ciudad para estudiar la carrera que siempre soñó.

Mantener los ojos cerrados facilita un poco su

concentración, pero comienza a cabecear, así que mejor apoya la mandíbula en las palmas de las manos y los codos sobre el escritorio. Por momentos alcanza un estado de duermevela: esqueletos humanoides, con los huesos deformes, bailan frente a él, al ritmo de una música distorsionada. Cuando se da cuenta de que se ha quedado dormido, sacude la cabeza y sale al lavadero para mojársela. El agua chorrea por sus cabellos. El viento en la cara lo termina de espabilar, al menos por un rato.

Frente a su escritorio recita los huesos de la mano, mientras observa la suya contra la luz verde de la lámpara. Esta vez, se esfuerza por no cerrar los ojos. Su mirada parece de rayos equis, mientras va nombrando cada uno de los huesos. Cuando está cerca de terminar su letanía por segunda vez, confunde los nombres, los mezcla; la lengua se le vuelve pastosa, cabecea como si esquivara un puñetazo y los ojos se le cierran inevitablemente.

Se sacude con brusquedad sobre la silla para espabilarse de nuevo. Coloca su mano frente a él con la firme decisión de recitar la serie completa. Los nombres salen de su boca con absoluta claridad, parece que esta vez lo conseguirá, pero algo extraño sucede. Ante sus ojos, la sombra que su mano proyecta sobre el escritorio se vuelve tan pálida, que casi desaparece. No puede creer lo que sucede. Tuerce el cuello de su lámpara para dirigir la luz hacia la pared y hace una prueba. Su brazo, su cuerpo entero ya no proyectan sombra alguna.

¿Estará soñando? ¿Se habrá quedado dormido otra vez? Al salir de su cuarto para dirigirse al lavadero, se da cuenta de que alguien está huyendo. El piso se cimbra, escucha pasos apresurados que se dirigen hacia la escalera de

emergencia. Cuando llega al borde del edificio, sólo distingue una sombra oscura que se escabulle al nivel del suelo.

❖

La pareja se comporta con desinhibición, tal como si estuviera en la sala de su casa. De tan abrazados, los chavos se confunden el uno con el otro. ¿De quién será el tatuaje del dragón? ¿De quién los peces del yin y el yang? Los demás fingen no ver, no concederles importancia. De vez en cuando, un beso tronado resuena dentro del vagón del metro, pero la gente sigue en lo suyo, mirando las pantallas de sus celulares o dormitando. Los pasajeros continúan su viaje sin inmutarse. Todos, excepto alguien, sentado a poca distancia. Cubierto con una larga gabardina parda, con un cuello tan alto que casi le cubre el rostro, un sujeto observa fijamente a la pareja. Gente sube y baja del vagón. Un vendedor anuncia a gritos discos piratas. Una mujer embarazada aborda el tren y nadie le cede el asiento.

El sujeto de la gabardina no pierde detalle de cada caricia, de los suspiros, de las palabras que se susurran al oído, de las risas que, de vez en cuando, afloran entre los chavos. ¿Estarán al tanto de la estación en que se deben bajar? Lo más seguro es que lo hagan hasta la última, para ir a la universidad. Cuando el tren está a punto de llegar a la siguiente estación, el de la gabardina se levanta del asiento y se dirige hacia la puerta, pero se queda inmóvil al lado de la pareja de chavos. Ellos ni siquiera notan su presencia. El tren se detiene y las puertas se abren. El sujeto desabotona su gabardina lentamente desde abajo hacia arriba. Se escucha el pitido que advierte el cierre de puertas

y el sujeto ejecuta un rápido movimiento con uno de los vuelos de su gabardina. Suena una especie de aletazo y, justo antes de que se cierre la puerta, el sujeto desciende.

Mientras el metro se aleja y el sujeto se pierde entre la multitud, la pareja de chavos deja de besarse y abrazarse. Ella se restriega los labios con el dorso de la mano. Él mira hacia otro lado. Se arreglan la ropa y se sientan con la espalda derecha.

❖

La puerta del salón ya está cerrada. No ha podido llegar a tiempo para ese examen tan importante. Sabe que el maestro odia la impuntualidad y que ni siquiera después de escuchar un sermón como los que acostumbra recetar con absoluto sadismo frente a los compañeros, ni siquiera así, es seguro que lo deje pasar, pero tiene que arriesgarse.

Después de tocar la puerta por segunda vez escucha la voz, exageradamente cortés, del maestro, que lo invita a pasar. “¡Claro que lo hace a propósito! Es para acentuar el ridículo que me hará pasar”, piensa el estudiante. No hay opción, entra con la cabeza gacha, dispuesto a soportar la reprimenda con tal de no perder su oportunidad. El maestro comienza su monólogo, pero en vez de reprocharle su impuntualidad, muestra una exagerada comprensión. Sabe bien que él es un estudiante de escasos recursos, sin automóvil y con un trabajo mal pagado, que vino a la ciudad desde muy lejos con el objetivo de convertirse en médico. A estas alturas, el estudiante todavía espera el golpe bajo, la frase que revierta lo anterior y multiplique el escarnio, pero, extrañamente, no llega. Le entrega su examen y lo invita a sentarse. Además, en vez de burlarse

de él, los compañeros muestran consideración y hasta le ceden un lugar al frente del salón. De hecho, aquel que siempre lo molesta, el que lo zapea cada vez que puede, le pregunta si tiene pluma y lápiz, y qué más se le ofrece. Eso sí es raro. Se comportan como si fueran otros. Los que siempre llevan acordeón o le copian a los demás, ahora están serios, completamente concentrados en sus propios exámenes. ¿Acaso sigue soñando? ¿Será una pesadilla? No es que no recuerde el nombre de cada uno de los huesos, no es que le esté yendo pésimo en el examen y no se atreva a pedir ayuda a los que siempre copian, se trata de la atmósfera que se respira en el salón. El maestro y sus compañeros se han vuelto unos bobos. ¿Bobos? Él mismo se está convirtiendo en uno de ellos. Ya ni siquiera puede pensar mal de los demás. ¿Qué es eso de *bobos?* ¿Desde cuándo usa ese adjetivo?

❖

Una ciudad como esta es un conglomerado de diversos niveles de vida. Al lado de una lujosa mansión, puede existir una decadente vecindad, tal como la que habita el sujeto de la gabardina oscura. Si alguien desea pasar desapercibido, se trata del sitio ideal. El sujeto llega a su cuartucho como cada noche. Ha tenido demasiado trabajo en los últimos meses. Sale de su casa temprano, poco antes del amanecer, y regresa siempre de noche. Hoy parece haber sido un día especialmente bueno para él. Aunque es difícil distinguir su rostro, aparenta esbozar una mueca que sugiere cierto grado de satisfacción.

El cuartucho que le espera es el lugar menos hospitalario que cualquiera pueda imaginar, pero es su espacio privado.

Con sólo cerrar la puerta, deja afuera al mundo y aunque la puerta, incluso cerrada con chapa, podría abrirse con un simple empellón, nadie en sus cabales lo haría. ¿Quién intentaría robar en un sitio tan miserable? Antes bien algún ladrón compasivo sería capaz de dejarle unas monedas sobre la colchoneta inmunda, que constituye casi la mitad de sus muebles.

Al fondo de esa única habitación, apenas se distingue un armario desvencijado. Él abre las puertas, se agacha y se introduce entero en el mueble, como si un monstruo se lo tragara. Adentro reina una absoluta negrura, pero él conoce bien el lugar en que se encuentra. En las entrañas de la oscuridad hay otra pequeña puerta, en el piso. Al abrirla, se escucha un rumor: un gran coro de imprecaciones y lamentos. A cualquiera se le enchinaría la piel de escuchar ese enjambre de sonidos que provienen de esa catacumba. Él abre su gabardina y deja caer sus presas, para alimentar a las otras oscuras presencias.

❖

En las calles de la ciudad se ha puesto de moda una cortesía inusual. Dos automóviles chocan en una esquina y, en lugar de que sus conductores vomiten los improperios habituales, se saludan con amabilidad y se ponen de acuerdo para esperar a sus respectivas aseguradoras.

—¡Discúlpeme usted, fue una imprudencia mía!

—¡No, cómo cree, al contrario! ¿Le apetece una taza de té mientras aguardamos?

En el autobús, le ceden el asiento a las mujeres embarazadas. Nadie es capaz de tirar basura en la calle. Los gandules de la esquina son comedidos y ya no buscan

incautos a quienes golpear, incluso uno de ellos ayuda a una anciana a cruzar la calle. El pintor más prometedor de su generación —caracterizado por la inagotable riqueza de significados que habita sus descarnadas y enigmáticas obras — toma el pincel y la paleta, y se queda inmóvil por un momento: sabe que su inspiración se ha secado; se acerca al caballete y traza una flor de colores brillantes que se verá perfecta en la recepción de algún hotel de tres estrellas.

❖

El sujeto de la gabardina llega de nuevo a su cuartucho, después de otra larga jornada, pero no es una noche cualquiera. Su gabardina luce más abultada que nunca. En su prisa por alcanzar el armario, tropieza con la silla rota y la hace caer. Esta vez, luego de entrar en el mueble, se despoja por completo de la gabardina. Debajo de ella no hay otra cosa más que una densidad que rodea su piel. Abre la puerta del piso y se zambulle en el sótano, como en una poza de aguas negras que se remueven. Se escuchan murmullos que van creciendo en intensidad y que pronto se vuelven gritos desgarradores. El hombre se sumerge por completo.

Quienes viven al lado, en la lujosa mansión, no escuchan nada, no se enteran de lo que sucede en el sótano del cuartucho de la vecindad contigua. La noche parece tranquila.

❖

La ciudad se ha convertido en una maqueta ensamblada con piezas de plástico de colores. Cada coche transita por su carril. Cada bote de basura está en su sitio. Mas algo sucede. Ninguna persona proyecta una sombra. El paisaje

produce una sensación de irrealidad rayana en la pesadilla. El estudiante de medicina ha dejado en paz sus gruesos libros y observa desde su azotea.

Una enorme y negra sombra se cierne sobre la calle. Quien la proyecta es un hombre pequeño, pero de aspecto intimidante, como si fuera dueño de una fuerza sobrehumana. A su paso, la gente se aparta. El estudiante es testigo del acontecimiento. Ahora, la ciudad tiene un dueño. El hombre de la gran sombra se acerca a una familia y le arrebata a la hija su muñeca. El padre no se atreve a confrontarlo, en vez de ello, surge en su rostro una sonrisa forzada. El hombre arroja la muñeca al lodo mientras la niña llora; luego, se aleja arrastrando su inmensa sombra.

❖

De noche, nadie se aventura por los oscuros pasillos de la escuela de medicina. Nadie, excepto el estudiante que desciende por unas escaleras y avanza inseguro entre las penumbras. A cada paso, recuerda dónde dar vuelta: ¿izquierda o derecha? Va armado con un cincel y su deseo de encontrar una respuesta. Al llegar a la puerta indicada, inserta el cincel y hace palanca. Con un solo movimiento se abre la puerta. Ha sido demasiado fácil. Adentro no hay nada que alguien desearía robar, pero sí habrá algo para el estudiante. Acciona el interruptor de la pared y las lámparas tardan segundos en reaccionar. Camina hacia las puertecillas. Elige una al azar y libera los seguros. Se escucha un par de chasquidos. Luego, desliza hacia afuera la plancha de acero. Del interior brota un aliento helado y el cuerpo de un hombre con la piel increíblemente arrugada. El estudiante intenta manipular el brazo del

cadáver, pero está tan rígido que no consigue levantarlo. Utiliza el cincel para hacer palanca, apoyando el peso de su cuerpo. El brazo del muerto cede y se desprende con un tronido. El estudiante lo levanta hacia los focos. En el piso se aprecia sólo la sombra del brazo del muerto. El estudiante arranca el otro brazo y, con las agujetas de sus tenis, los amarra a sus propios brazos. Su sombra empieza a formarse de nuevo. La mirada del estudiante cambia. El arreglo es poco práctico, pero se le ocurre algo. Busca en su bolsillo la navaja suiza y se aplica a trabajar sobre el cadáver. Hay mucho por hacer.

❖

Por un extremo de la plaza central, donde el día transcurre con ligereza en una ciudad de habitantes sin sombra, de pronto surge la efigie del sujeto que arrastra una oscuridad enorme. La gente voltea a mirarlo con reverencia y temor, protegiendo a sus hijos pequeños, aunque bien saben que no hay nadie capaz de enfrentarlo. Al menos eso creen.

Por el extremo contrario de la plaza aparece un ser de aspecto horrendo; su piel, seca y arrugadísima, constituida por varias capas de un color grisáceo, casi azul, le confiere un aspecto de monstruo. Sin embargo, lo que más llama la atención es que también posee una sombra, profunda y poderosa. Cada uno de esos entes se desplaza en dirección del otro. Se miran con la fiereza de la que sólo son capaces quienes han robado la oscuridad de vivos y muertos, quienes han conocido los abismos del corazón humano. La gente se aparta a su paso, expectante. El encuentro promete ser definitivo, no hay espacio para ambos en la ciudad. La batalla será encarnizada. ¿Cuál de los dos sobrevivirá?

Un oscuro torbellino se erige frente a los que observan; un agujero negro que ruge y amenaza con arrasar cuanto existe a su alrededor. Las ramas de los árboles se doblegan. Algunas personas corren a ponerse a salvo en los portales; otras, se alejan por las calles corriendo tan rápido como pueden.

Desde su ventana, el pintor observa la constelación negra que se ha formado sobre la plaza central. Toma su pincel y lo satura con una tenebrosa mezcla de óleos. Un vigor que ya extrañaba guía de nuevo su mano. Sobre la tela van apareciendo los trazos de una espiral que en su girar derrama esquirlas que reptan por el suelo y avanzan en pos de los habitantes de la ciudad.

ALBERTO CHIMAL

El sucesor

I

Javier tardó en darse cuenta de lo que pasaba. De hecho, el primer día no se enteró de nada: a la salida de la escuela, en vez de ir tras él para golpearlo, el Romano y su gente estaban domando —así decían— a un alumno nuevo, recién llegado de otra ciudad. Javier simplemente aprovechó la oportunidad y caminó, caminó, caminó tan rápido como pudo para alejarse de la pandilla del Romano, rebasando a todos los demás alumnos que también deseaban salir por la puerta del patio grande.

La puerta del patio grande estaba cerrada con llave: un conserje había salido a algún encargo alrededor del mediodía y le había echado el cerrojo por costumbre, pero Javier no lo sabía y simplemente llegó hasta ahí, la encontró abierta y empujó. Pasó al otro lado y otra vez caminó, caminó, caminó a toda velocidad para que nadie se diera cuenta de que estaba huyendo. Por primera vez en muchos meses llegó a su casa ileso.

Luego, por un tiempo, los incidentes fueron pocos y

sutiles. Un sábado, Javier caminaba a la tienda para comprar refrescos y un perro comenzó a seguirlo, ladrándole. Javier quiso ignorar al animal, acelerar, evitar todo contacto visual, como había hecho con la pandilla del Romano, para ver si de casualidad funcionaba de nuevo y no era atacado. Apenas escuchó cuando una patada silenció bruscamente al perro, ya tras él, y lo hizo alejarse, con la cola entre las patas.

Otra vez, estaba en el parque y le llamó la atención un sonido de hojas bajo la copa de un árbol: un raspar súbito e insistente, raro porque no había viento, que lo hizo acercarse y encontrar junto al tronco una cartera tirada con varios billetes en el interior.

Otra vez, en un vagón del metro, un hombre metió la mano en el bolsillo de la chamarra de Javier y la sacó de inmediato, haciendo una mueca de asco. En ese instante, Javier recordó que allí había guardado dinero. El hombre no había alcanzado a tomar una sola moneda.

Y otra vez, Aimée, de la que él había estado tan enamorado en primer semestre y que lo había tratado tan mal, llegó a la clase de dibujo del brazo de su nuevo novio y, como siempre, hizo una ronda para presumirlo. Como siempre también, pasó al lado de Javier. Iba en dirección a los restiradores de sus enemigas, pero a Javier le parecía que también deseaba restregárselo a él. No pudo hacerlo porque de pronto cayó al suelo de boca, sin meter las manos, y se rompió un diente. Las agujetas de sus zapatos estaban anudadas una con la otra.

—¡Malditas perras! —gritó Aimée a sus enemigas, llorando con la boca ensangrentada.

Ellas se burlaron, como si hubieran tenido algo que ver,

pero estaban a muchos metros de distancia de donde Aimée había caído y era imposible que hubieran hecho esos nudos.

II

Javier no pensó mucho en ninguno de estos hechos luego de que pasaron. Por supuesto, había sentido alivio al escapar de los peligros, alegría al encontrar el dinero, satisfacción (tenía que admitirlo: malévola, pero satisfacción al fin) al ver humillada a Aimée. Y aquello había sido tremendo: incluso Clara, la apestada del salón —a la que todos llamaban Oscura por ser *darketa* y fiera, y con la que absolutamente nadie se metía, *jamás*— había puesto cara de sorpresa y hasta de compasión al verla caer.

Por supuesto, todo aquello había sido, de un modo u otro, para bien de Javier, pero la gente en realidad no se fija en lo extraño. Todo el tiempo está hablando de milagros, de ángeles, de energías y fuerzas y toda clase de ideas ridículas, pero basta ponerle ante la cara algo inexplicable para que cierre los ojos… y sólo los abrirá si no tiene ninguna otra alternativa.

Una semana o dos tras lo de Aimée, Javier empezó a escuchar la voz. Unas pocas palabras cada vez.

—Mira el suelo, Javier —primero, y Javier, que iba deprisa hacia su casa para llegar antes de que anocheciera, volteó hacia atrás, hacia un lado, hacia el otro, pero no hacia el suelo.

—Mira el techo, Javier —unos días más tarde, él no lo entendió de inmediato y volteó cuando el automóvil ya había pasado y no había nada que alumbrara el techo de la parada de autobuses.

—Mira la pared, Javier —la semana siguiente, y Javier, que estaba en una estación del metro, volteó hacia la pared opuesta y luego se distrajo mirando a una muchacha a la que no conocía, pensando que podía ser quien le hablaba.

—¡Oh, Javier! —fue la cuarta vez, todavía en la estación del metro, ya en los andenes—. ¡Cómo eres tonto! —y él sólo se quedó desconcertado, mirando para un lado y para otro, pero jamás hacia donde debía. Luego llegó el tren.

El éxito llegó al quinto intento:

—¡Mira hacia el frente, Javier, hacia el frente!

Aquí Javier no tenía más opción que mirar hacia el frente. Estaba casi contra una pared en un patio de la escuela. La pandilla del Romano lo había capturado e iban a robarle lo que trajera y a maltratarlo un rato. "Revisión", lo llamaban. Lo conducían a empujones hacia una pared, donde tendría que apoyar las manos. Luego, lo harían separar las piernas.

—Apúrate, *Nerd* —dijo uno de la pandilla. *Nerd* era el apodo de Javier en la escuela.

—Qué original decirle *Nerd* a alguien —se burló otro, con voz chillona. La primera vez que le habían dicho *Nerd*, Javier había intentado resistirse con esa misma frase. Tenía razón. Era un apodo idiota, impuesto por gente idiota, pero esa gente idiota le había enseñado luego que era de los que no tenían derecho a resistirse.

—Te va a gustar, *Nerd* —dijo el Romano, el líder, que realmente era un ser humano despreciable.

Sin embargo, esa vez fue distinto. Javier hizo caso: miró hacia adelante y, en la pared blanca y descascarada, vio su sombra y vio, además, la otra sombra. Su segunda sombra, como si tras él brillara otro sol que no brillaba para nadie

más.

III

Esa otra sombra era yo, por supuesto.

—¿Lo ves? ¿Ya lo ves?

—Sí —dijo Javier, que ya no podía negar lo que estaba pasando.

—¡¿Sí qué?! —preguntó el Romano, y uno de los suyos dio un último empujón a Javier que lo hizo dar con el pecho contra la pared.

—No te preocupes —dije yo, y Javier cayó al suelo.

—¡Quédate ahí! —le advirtieron los de la pandilla, mostrándole los puños cerrados.

—No —dijo el Romano—. Levántate.

En otras circunstancias, Javier se hubiera levantado, para facilitarle el trabajo, pero antes de que pudiera hacerlo todo esto pasó simultáneamente:

De pronto, el Romano sintió un miedo terrible. Una sensación de horror, de ahogo, de peligro inminente como nunca había sentido. Él, que se creía tan fuerte y tan poderoso, gritó, se orinó en los pantalones y corrió a esconderse en el primer salón que encontró abierto. Esa humillación bastó para que nunca en su vida volviera a ser líder de nadie.

El segundo del Romano, al que llamaban el Grizzly, decidió que otro más, el Bollo, deseaba su lugar en la pandilla y se puso a golpearlo y patearlo, cada vez más ferozmente, cada vez con menos conciencia de dónde estaba y qué habían estado haciendo. El Bollo no sintió deseos de defenderse. Al final los separaron, pero el Bollo

fue a dar al hospital con lesiones internas y el Grizzly fue arrestado y terminó en prisión.

Otro más, el Kura, cayó al suelo y se quedó dormido. Despertó hasta el día siguiente, cuando ya lo habían llevado a su casa. No recordaba nada del día anterior. De hecho, no recordaba nada del último semestre.

Los últimos dos, el Transas y el Mapache, parpadearon un par de veces, confundidos, y luego se alejaron. Salieron de la escuela, caminaron sin detenerse y varias horas más tarde, cuando ya era noche cerrada, recobraron la conciencia y descubrieron que ya no estaban en la ciudad: iban por una carretera sin saber a dónde. Antes de salir de la escuela habían tirado todo su dinero en el patio, de modo que volver les costó, sobre todo, mucho esfuerzo.

Javier se levantó, sí, pero para ver al que gritaba, al que golpeaba, al golpeado, al que dormía y a los dos que se iban.

Pasó un momento.

—De nada —le dije, y como en ese momento salían un profesor y un par de conserjes a ver qué pasaba, él decidió apartarse discretamente y los dos pudimos irnos sin que nadie nos viera.

IV

—No vayas a hablar como personaje de película —le advertí—. No digas "*Okay*, ya estoy entendiendo que estás de mi parte", ni nada así.

—¿Estás de mi parte? —dijo él en voz alta.

Estábamos caminando hacia su casa. No era raro: ya había pasado la hora de salir. A la pandilla del Romano le

gustaba molestar a sus víctimas después de clases tanto como a cualquier otra hora. Una cuadra adelante de nosotros caminaban el Transas y el Mapache, codo con codo, pero sin hablarse, obedeciendo la orden que les había dado: *Váyanse juntos tan lejos como puedan.*

—No tienes que decirlo en voz alta —le contesté a Javier —. Habla con la boca cerrada. Piensa las palabras. No las pronuncies.

Así lo hizo.

—¿Tú hiciste eso? —preguntó, mirando al Transas y al Mapache, que no se habían detenido en un crucero y habían estado a punto de ser atropellados.

—Yo hice todo.

—¿Qué es todo?

—Por favor… Yo vi la cartera a la sombra del árbol y te avisé. Yo pateé al perro que te iba a morder. Yo rechacé al ladrón del metro.

—¿Qué?

—Yo anudé los zapatos de tu galana. Bajo los restiradores del salón de dibujo hay muchas sombras.

—¡Tú eres la sombra! Es decir… la sombra eres tú, o…

—La puerta de la escuela. El sol le pegaba por detrás y su sombra caía hacia ti esa vez que fuiste el primero en salir.

—¿Ahí que hiciste?

—¡Ay, cómo eres idiota!

—Más bien creo que me estoy volviendo esquizofrénico —dijo Javier.

—Ah, ¿sabes qué es la esquizofrenia? Con razón te decían *Nerd*…

—¡Oye!

—Ya, ya, no te enojes. Esos nunca, nunca te van a volver a molestar… a ti, ni a nadie —y me reí.

—No me gusta cómo te ríes.

Me dejé de reír. Aún no era el momento. Javier sonrió.

V

En los días siguientes, mientras se acostumbraba a aprovechar lo que yo podía ofrecerle, fui contándole la historia, la *Leyenda del hombre de las dos sombras.*

—En el siglo XV, en algún lugar de Europa, vivió un hombre, un tal Saverius —le dije—. Hizo un pacto con el Diablo y le apareció una segunda sombra, que supuestamente le daría poderes malignos, pero el Diablo engañó a Saverius: no tuvo poder alguno y el tener dos sombras simplemente lo convirtió en un fenómeno, un paria, un ser temido y despreciado. Su mujer y sus hijos lo abandonaron y, al final, desapareció sin dejar rastro. Lo más seguro es que haya acabado mal, pero se cree que la segunda sombra no fue a donde el hombre haya ido a dar.

—Eres tú —dijo Javier, cuando por fin terminé de contarle.

Fingía que me era muy difícil contar esa historia, que era muy, muy amarga.

—Sí —le dije—. Me quedé. Aquí estoy. Yo no soy malo. A Saverius y a mí nos juntaron por las malas. Soy de las cosas que están más allá del mundo y de pronto estaba aquí… ya no podía regresar. Sólo quiero sobrevivir. Voy por la vida buscando gente que me sea afín y le ofrezco ayuda. Míranos ahora. Todo lo que había que hacer era encontrar un buen compañero. ¿No es exactamente al revés con nosotros que con Saverius? ¡Hacemos lo que hacemos y nadie nos molesta!

En efecto, lo que más lo sorprendía era que nadie más pareciera darse cuenta de su doble sombra. Podíamos pasar por el patio a las nueve de la mañana y nadie volteaba a verlo, exactamente igual que siempre. Yo le repetía que, en el fondo, la gente de esta época no presta atención: quiere que le digan qué ver, qué hacer y qué pensar, e incluso si llegaba a haber alguien que se sobrepusiera al desinterés general y le tomara video, y lo hiciera viral en Internet, de todos modos la gente nos creería una *creepypasta*, una leyenda urbana.

—Además, a quien se acerca lo distraigo —remataba, y era verdad: a medida que pasaba más tiempo unido a Javier, y además con su autorización y colaboración, podía hacer más y más cosas. Por ejemplo, era cada vez más fácil convencer a otros de hacer lo que quisiéramos. Acabar con la pandilla del Romano me había dejado exhausto, pero ahora podía obligar a todos en el salón de Javier, y a todo el personal de la escuela, a no prestarle atención, a dejarlo salir y entrar en cualquier momento, y de todas formas ponerle estupendas calificaciones. También podía mover los objetos con mayor facilidad y pude comenzar a hacer trucos más sofisticados.

—Mira, basta con que me pose en la sombra de este tipo —le dije una vez afuera de su salón, y lo hice: toqué la sombra de un tipo alto y gordo que holgazaneaba a un lado, tomando el sol— para saber lo que está pensando. ¿Sabías que es gay de clóset?

—¿Qué? ¿Gándara? ¿El grandote? ¡Pero si juega futbol americano!

—Caras vemos, etcétera, etcétera —contesté, y le pedí que nos moviéramos por el salón para saber más de sus

compañeros—. Tu ex novia Aimée…

—¡Nunca fue mi novia!

—No importa. Prácticamente no piensa. Es un vegetal. No te convenía. Y esta otra…

—Cynthia.

—No tienes idea del trabajo que le cuesta su promedio de nueve punto ocho. Trabaja por las tardes. Vida triste. Y esta otra… ¡Vaya!

—¿Qué?

EraClara,omásbienOscura,la*darketa*.Nosediocuentadequelamirába que no se quitaba casi nunca, incluso ante las amenazas constantes de expulsiones y regaños.

—Clara está enamorada de ti.

VI

La reacción de Javier fue un poco vergonzosa:

—Qué asco.

—¿Te molesta?

—¿Es a causa de ti? ¿Te… siente, o algo? Esa gente es satánica, los *darketos*.

—No seas tonto. A ella le gustas desde hace mucho, desde que están en el mismo salón. Y los *darketos* no son satánicos. ¿Crees que tienen poderes, que hacen brujería o algo así? ¿Quién te dijo eso?

Pero Javier no estaba listo para una escena —también de película, es verdad— en la que la revelación lo hiciera recapacitar y apreciar la belleza interior, y también bastante exterior, hay que decirlo, de Oscura.

—Además es fea —dijo sin hablar, como siempre que conversábamos—. Mírale la nariz.

Yo pensé —para mí: Javier nunca pudo escuchar mis pensamientos si yo no lo deseaba— que el muchachito era un imbécil, pero también que era el momento de ver si podía pasar a la siguiente fase…

—Mira —le dije, e hice un esfuerzo, y lo logré: Clara hizo una mueca, se inclinó hacia adelante, gimió de dolor por unos segundos y cuando se incorporó no se dio cuenta de lo que le había pasado, pero Javier sí. Ahora tenía otra nariz, más pequeña y respingada.

—No es cierto —dijo Javier.

—Es lo siguiente que puedo hacer cuando ha pasado tiempo suficiente. Y es señal de algo todavía mejor. Observa.

Salimos del salón. Pasamos junto a Gándara. Sólo por divertirme, Javier le dio una patada en el trasero.

—¡Oye! —me dijo en voz alta—. ¡Perdón, Gándara! —dijo después, tontamente, pero el muchacho tenía la mente confundida por mí y apenas notó el golpe.

Nos alejamos del salón.

—¡Qué estás haciendo! —gritó Javier, de nuevo en voz alta, pero desde luego me hablaba a mí y desde luego no le contesté.

Salimos de la escuela y echamos a andar por la calle antes de que Javier volviera a hablar. Con esto, comprendí que estaba aterrorizado, que ya entendía lo que estaba pasando.

—Estás controlando mi cuerpo —dijo—. ¿Por qué?

—Porque puedo —le contesté, con su propia voz, moviendo su boca. Si alguien reparó en nosotros debe haber pensado que Javier estaba loco… o tal vez sólo vio a un adolescente desubicado, hablando solo.

—No podías hacer eso.

—Tampoco podía leer los pensamientos de otros —llegamos a una esquina y levanté su mano para detener un taxi—, ni hacer cirugías plásticas como la que le hice a tu amiga.

Me reí, con su risa. Un taxi se detuvo y subimos. Ordené que fuéramos a la terminal de autobuses.

—¿A dónde me llevas? —dijo Javier, con un tono de miedo que nunca antes le había escuchado.

—¿Qué? —dijo el taxista.

Para evitarme problemas, tomé el control de su boca y dije:

—Nada, nada —y antes de que Javier pudiera decir cualquier otra cosa le quité definitivamente el habla. Fue fácil, tan fácil como en el pasado. Otro paso más en la dirección correcta.

—¡Qué estás haciendo! —me gritó en silencio, desde adentro, mientras el coche seguía avanzando. Ya no se veía nada de los rumbos cercanos a la escuela o a la casa (la antigua casa) de Javier.

Decidí que podía explicarle. Lo merecía. Había colaborado conmigo de manera estupenda.

VII

—Una vez que me asiento en el cuerpo de alguien, puedo tomar el control de éste y sustituir a su ocupante original —le dije, también adentro: mantenía neutra la expresión de su cara, la boca cerrada—. Expulsar su alma, apagar su espíritu, borrar su conciencia, como quieras llamarlo. Es lo que va a pasar. No es un castigo, no es por nada que hayas

hecho, no te odio ni nada parecido. El cuerpo que habitaba hasta hace unos meses murió pocos días antes de que te encontrara y te elegí porque eras el ser más afín a mí que pude hallar. No me preguntes cómo funciona eso, porque no lo sé. Ah, y lo de Saverius es una mentira. Existo desde mucho antes del siglo XV.

Debo confesar que estaba muy feliz de haber recuperado casi la totalidad de mis poderes, así que procedí de inmediato (y con demasiada prisa, lo admito) a lo siguiente: mantuve fijo, inmóvil, el cuerpo de Javier y comencé a modificarlo. No sólo la cara —la nariz, los pómulos, la barbilla, el color y la forma de los ojos—, sino también el torso, que era demasiado grueso y corto para mi gusto, y los brazos, que eran demasiado delgados. También mejoré algunos otros detalles. El dolor debe haber sido espantoso, porque Javier gritó y gritó (adentro) hasta perder la conciencia, y realmente me cubrí de sudor y me puse muy, muy pálido, pero cuando llegamos a la terminal de autobuses… cuando *llegué* a la terminal… ya era otro.

El taxista no se dio cuenta de nada, pero yo ya no era Javier. Ya tenía la estatura que suelo tener, la complexión delgada, pero fuerte, y la cara, que es agradable, pero en el fondo ordinaria. Una cara así es conveniente, porque la gente no la recuerda fácilmente y me permite actuar con libertad.

Ah, las fiestas en Yakarta, la temporada en las cavernas de Sudáfrica… Saber que se posee todo el tiempo del mundo y, de hecho, todo el mundo…

Subí al primer autobús de lujo que encontré y partí hacia otra ciudad, donde conseguiría dinero y podría quedarme una temporada o decidir viajar aún más lejos.

Javier despertó cuando ya estábamos en la carretera. El último paso sería borrarlo, suprimirlo definitivamente. Es lo que más le duele a quien me da su cuerpo… Y luego nada. Nunca ha quedado rastro alguno de ninguno de ellos. Bajaría del autobús yo solo, yo y mi cuerpo, vueltos un solo ser, para disfrutar unas cuantas décadas más de vida en este mundo, pero antes hice algo que suelo hacer.

—Cuéntame algo de ti —le pedí—, de tu vida, para recordarte. La verdad es que puedo conocer parte de ti, de tus pensamientos, pero no todo. ¿Por qué te caen tan mal los *darketos*, por ejemplo? ¿Nunca te gustó Oscura? ¿No te atraía ni siquiera un poco? O… ¿qué pensabas hacer con tu vida más adelante? ¿Tenías planes? ¿Qué opinas de la situación del mundo? ¿Eres de los que creen tener un futuro o de los que no?

Hacer estas preguntas es un acto de piedad. Al menos yo me sentí mejor, pero Javier estaba todavía enloquecido de miedo, de rabia, de tristeza, y todo lo que obtuve por respuesta fue un grito largo, más espantoso que todos los anteriores, que de hecho me fue difícil contener para que no saliera por mi boca.

Me harté e hice el movimiento interior necesario para empezar a expulsar de mí al ser de Javier. Pude sentir (sólo así puedo describirlo) cómo empezaba a apagarse, pero no dejaba de gritar.

Miré mi reflejo en la ventana, junto a mi asiento. Era mi cara, ya firme y bien delineada, pero Javier seguía gritando y, de pronto, lo imaginé a él ante mi vista, con su propia cara.

—Qué bueno eres para sentir horror —murmuré, lo que desde luego no sirvió para tranquilizarlo.

Me pregunté si se desvanecería del todo antes de cansarse, de resignarse a su destino, y de pronto descubrí que me sentía decepcionado, porque sí sentía curiosidad sobre su vida y ahora jamás tendría mis respuestas… ¿Era verdad que nunca se había dado cuenta de que existía alguien que lo amaba?

JAIME ALFONSO SANDOVAL

Esa tos

I

Hay algo llamado *pareidolia.* Todos los seres humanos tendemos a ella y aunque suena a algo que puedes pescar en un baño público, es un tema distinto, apasionante.

Es un fenómeno psicológico que se activa cuando vemos una fotografía o un video, incluso algún objeto, y de pronto, por culpa de una sombra, de cierto reflejo o de alguna extraña silueta, “vemos” algo que se ocultaba dentro de la primera imagen: un conejo danzando en la luna, el ángel de la guarda, el espectro de Michael Jackson.

Bien, esa es la pareidolia. El cerebro está condicionado para buscar patrones familiares y no hay nada más familiar que un rostro humano o una figura conocida. Entonces, con un poco de fe y un poco de miopía psicológica, suceden apariciones y uno que otro milagro.

¿Más ejemplos? Me encanta uno que vi en la televisión: Se supone que una mujer encontró la imagen de la Virgen de los Remedios en el centro de una tortilla tatemada; según ella (me refiero a la testigo, no a la Virgen), fue la

señal para alejarse de la mala vida (bien por ella). También está el famoso caso de la mancha de humedad en una estación del metro que, según sus fieles, tiene la forma de Cristo y hasta capillita le pusieron. Hay un famoso ejemplo interplanetario que se originó cuando la sonda espacial Viking 1 envió fotografías del planeta rojo y, en cierta área llamada Cidonia, algunos crédulos dijeron haber visto construcciones faraónicas con rostros, ejem… marcianos.

Pues odio burlarme de las creencias de los demás (*ok*, no, ¡me encanta hacerlo!), pero en el fondo de estos ejemplos solo hay una tortilla quemada, una pésima impermeabilización, una sonda espacial con tecnología setentera y sí, un montón de ingenuos.

¿Por qué sé todo esto? Porque soy un *nerd* insoportable y porque estoy haciendo un trabajo para la prepa. La maestra Gallegos dejó como trabajo final elegir entre los temas "En qué sí creo" o "En qué no creo", y hacer una argumentación de fe o científica para sustentar nuestras aseveraciones. Mis compañeros, que son una piara de seres con funciones cerebrales mínimas, eligieron temas tan burdos como: "Yo sí creo en el amor a primera vista" o "Yo no creo que México gane algún día la copa de la FIFA". Sí, lo sé, piedad para los subnormales… no, espero que la maestra Gallegos los repruebe sin ninguna piedad. Yo elegí el delicioso tema de la pareidolia y ya puedo ver mi diez. Parto de lo siguiente: yo no creo en los espíritus (ni siquiera en el ridículo "espíritu navideño"), pero sí creo que el ser humano es susceptible de ser manipulado a partir de esa creencia.

Mi experimento consiste en recrear este fenómeno psicológico y, de paso, generar un episodio de histeria

colectiva en mi casa. ¿Por qué? Supongo que será divertido.

Éstas son mis notas de campo. Mañana mismo comienza mi trabajo y, desde ahora, sé que será el mejor de la clase… como siempre.

II

Mi abuelo murió hace un mes. Murió en mi cuarto. A veces, todavía encuentro algún siniestro recordatorio de su final, como una cánula para orinar, algún analgésico que rodó hasta debajo de una mesilla, un mugriento calcetín.

Mi madre trajo al abuelo desde un rancho cerca de Guanajuato, donde vivió casi toda su vida, para que recibiera un mejor tratamiento, pero para un cáncer de laringe en etapa IV el único tratamiento posible es un bonito ataúd con manijas cromadas.

No, no es crueldad, pero si fumas un paquete de Faros al día durante 45 años… ¿qué puedes esperar? ¿Una medalla de las tabacaleras?

Además, mi abuelo Rosendo tampoco se dio a querer, al menos no por mí. Nunca tuvo dinero, pero siempre le sobraron palabras venenosas para su esposa: “Era tan floja, que prefirió morirse antes, para no atenderme”. Para su hija mayor, Lupe: “A esa nadie la quiso y por eso se quedó solterona”. Para mamá: “Terminó de madre soltera, como esas perras que se preñan de ve tú a saber quién”. Sí, así era mi dulce abuelito.

Al final, ya no podía criticar a nadie, porque el viejo terminó mudo. El término médico para eso es *resección de carcinoma laríngeo,* yo lo llamo justicia poética.

Entre entradas y salidas del hospital, cuando dijeron que

ya no había nada que hacer, mi madre decidió traerlo a nuestro departamento. Se adueñó de mi cuarto y yo fui desterrado al sillón de la sala.

Se dice que la cercanía de la muerte dulcifica a las personas, que hacen cuentas con su pasado para "irse en paz". Se nota que quien afirma eso no conoció a mi abuelo Rosendo. Con las horas contadas, encontró la manera de joder… Esa tos.

Era de lo poco que le quedaba. Parecía llena de piedras y miasmas. Lo curioso es que se la guardaba para la noche, para que nadie pudiera dormir.

También podía estar tranquilo, pero esperaba a que terminaran de limpiarlo para lanzar su vómito feroz. Si un día me quejaba de que el abuelo había manchado mi cobija con orina, al día siguiente le daba una bonita diarrea. Podría decirse que eso era normal, estaba muy enfermo, pero… ¿y esa sonrisa?

No era mi imaginación, lo juro. Después de joder, me dedicaba su torva sonrisa de labios amoratados y sus ojos brillaban de felicidad, como una hoguera.

Y esa tos.

Finalmente, luego de una crisis, un día que me tocaba cuidarlo, mi abuelo murió en mi recámara, en mi colchón, frente a mis ojos. Le divertía joder. ¿Y a qué viene esta confesión necrológica? Es muy sencillo, mi abuelo será parte de mi experimento. Aprovecharé que mi madre dice entre lágrimas que no pudo despedirse de él. Pues bien, voy a traerlo de vuelta para que lo haga.

No lo traeré en espíritu, porque de existir el alma, la de mi abuelo debe estar en alguno de los círculos del infierno, asándose a fuego lento, pero tengo a la mano el útil

fenómeno de la pareidolia.

Mi objetivo es reproducir el feo rostro de mi abuelo. Necesito que la imagen sea borrosa, pero reconocible. Ese fenómeno funciona mejor cuando dejamos que el cerebro haga las interpretaciones. Debo pensar en la localización… ¿Alguna de las sábanas que usó el viejo? No, eso suena muy sudario de Turín. ¿Algún espejo? Tampoco, es complicado conseguir el efecto con el azogue. El colchón hubiera estado bien, pero mi madre lo tiró, aunque ahora veo que en el suelo quedó una prometedora mancha que tal vez termine con su propia capillita.

III

Quedó perfecta. La hice justo en el lugar donde murió el viejo. Aproveché las roturas del linóleo y esa mancha para crear mi obra de arte. Usé un concentrado de té negro y, con la ayuda de un pincel y una fotografía de mi abuelo, reproduje su jeta, incluyendo su barba manchada de nicotina. A cierta distancia, el efecto es espectacular: entre las sombras se vislumbra el rostro de un anciano con la boca abierta.

Ahora que mi obra maestra está seca, doy el segundo paso: voy a la cocina donde está mi madre y tía Lupe preparando el desayuno. Todavía visten de negro.

—Hay algo raro en mi recámara —digo de pronto, mientras me sirvo cereal.

—¿Qué cosa, Chendo? —pregunta mi madre, distraída.

Sí, me llamo igual que mi abuelo, Rosendo, vaya homenaje. Deberían ver cómo me ha ido en la escuela cargando ese nombrecito.

—Llevo días intentando borrar un mancha de mi cuarto, pero… —bajo la voz— no sé… se me figura a algo raro…

Es importante no explicar de qué es la figura. Para que funcione mejor la pareidolia, se necesita que la misma persona crea que descifró la imagen.

—Luego limpio con amoniaco —promete tía Lupe.

—No va a servir, no se quita con nada — le insisto—. La mancha apareció donde estaba el colchón del abuelo.

Me ofrezco a mostrarles la figura (que puede desaparecer con un simple trapo húmedo). Mi madre me acompaña de mala gana y develo mi gran obra, que es incluso mejor de lo que recuerdo… ¡qué expresión de dramatismo y agonía! Mamá frunce el ceño, luego parece desconcertada y, finalmente, lanza una exclamación tan fuerte que tía Lupe entra a toda prisa.

Mamá, de rodillas, señala el suelo y murmura:

—Es él… ¡Es papá!

Yo sonrío y pienso en que éste será el mejor trabajo de mi clase, como siempre.

IV

“¿Por qué sucede esto?”, “hay que hacerle unas misas”, “debe estar sufriendo por algo”, “¿y si traemos a un sacerdote?”…

Estos son algunos de los deliciosos diálogos que me ha regalado mi crédula madre. La pobre estuvo llorando un buen rato, encendió una veladora y hasta rezó la oración de san Agustín por las almas del purgatorio. Sólo tía Lupe, que es dura de roer, intenta calmar la fiebre espiritista y hasta

sugiere lo obvio: “¿Y si nomás es una simple mancha?”.

—¡Pero míralo, es igualito a papá! —mi madre señala mi dibujo.

—Se parece un poco… —reconoce tía Lupe.

—Aquí murió —recuerda mi madre con una lógica imbatible, luego me abraza—. No te asustes, Chendo. Tu abuelo es un ángel que nos cuida.

Ahogo una carcajada. ¡Estoy disfrutando muchísimo la escena! Por desgracia, tengo que ir a la escuela y dejo a mi familia en medio de su experiencia mística.

Tengo un día normal en la escuela: recibo los insultos cotidianos, alguien me escupe desde los laboratorios, oigo risas, ninguna de mis compañeras me voltea a ver, ni siquiera las feas. En el receso, busco refugio en la biblioteca para ordenar las notas de mi trabajo. Lo que importa es la calificación, no puedo dejar de ser el mejor.

El experimento funciona mejor de lo que imaginé. Cuando regreso a casa, mi madre y tía Lupe están sentadas en la sala, bebiendo té para serenarse, pero son presas de una especie de euforia espiritual.

—Tu abuelo regresó —dice mi madre cuando me ve—. Se manifestó.

—Lo sé, yo también vi la mancha —le respondo con tranquilidad.

—No es eso. Lupe lo escuchó —mi madre reprime un grito de emoción.

¿La escéptica Lupe? La miro, sorprendido.

—Y clarito, ¿verdad, Lupe? —las mejillas de mi madre están rojas—. Ándale, cuéntale a Chendito.

—Era él, bueno, su tono de voz —explica tía Lupe—. Fue al mediodía, estaba en la zotehuela y clarito escuché que

alguien tosió… como lo hacía papá.

¡Que ni me lo recuerde!

—¡Y luego lo vimos! —continúa mi madre—. Bueno, yo vi como una sombra, pero Lupe lo vio mejor.

¡Alucinaciones auditivas y visuales! ¡Este experimento es la gloria!

—No estoy muy segura de qué pasó —confiesa tía Lupe, algo confundida—, pero cuando estaba haciendo la comida vi que alguien se asomó desde tu cuarto. Primero pensé que eras tú, Chendo, que habías regresado temprano de la escuela y fui a buscarte… pero cuando entré no había nadie.

—¡Y tú que no creías! —ríe mi madre, triunfal.

Tía Lupe suspira, emocionada. Las dos se ponen a llorar. Estoy a punto de parar el experimento, pero, no sé, me da curiosidad saber hasta dónde puede llegar. Entro a mi cuarto y veo mi dibujo rodeado de flores; a un lado tiene un par de veladoras y un paquete de cigarros Faros, sí, ¡los mismos que llevaron al abuelo a la tumba!

—Es que le gustaban tanto —se justifica tía Lupe—. Y ahora ya no le pueden hacer daño.

—Hasta parece que quiere hablar —mi mamá acaricia mi dibujo.

—Papá, ¿nos escuchas? —pregunta tía Lupe, con gran seriedad.

Un silencio.

—¿Quieres comunicarte con nosotras? —insiste mi madre.

Otro silencio y, de pronto, tía Lupe lanza un alarido.

—Acabo de sentir que alguien me habló quedito en el oído —asegura.

—¡Bendito Dios! ¿Papá, papi? —dice mi madre.

No puedo más, lanzo una carcajada que intento disfrazar de algún tipo de lloriqueo y salgo rápidamente de la habitación.

—Pobre Chendo, todavía no se recupera —escucho a mi mamá—. Fue duro ver al abuelo tan enfermo.

Este trabajo de la escuela me va a dar una mención honorífica, el Nobel… o algo así.

V

Algo ocurrió anoche. Estoy agotado, hecho pedazos. Mi experimento ha tomado rumbos desconcertantes. Quiero organizar mis pensamientos para recuperar la lógica que se salió de cauce.

Todo comienza antes de irme a dormir. Al principio, las cosas parecen normales. Avanzo con el trabajo de la maestra Gallegos, paso en limpio las notas y, cerca de la una de la mañana, satisfecho, me relajo en Internet (recomiendo la página de bikinis mojados punto com). Después de lo que considero un espléndido día, voy a la cama, aunque resulta complicado conciliar el sueño por culpa del fanatismo de mi madre y de tía Lupe, que montaron una especie de ofrenda de Día de Muertos en mi cuarto con rosarios, crucifijos, flores y veladoras.

Entonces lo veo. Dura apenas un instante, pero algo se mueve a pocos centímetros del suelo. No me asusto, es obvio que el juego de sombras que proyectan las flamas puede convertirse en una orgía de pareidolias. Me levanto y camino hasta mi dibujo en el suelo. Sumergida en la luz mortecina, la imagen cobra un aspecto aún más real. Es como si el viejo se asomara por debajo de un turbio cristal, aunque noto algo distinto en su expresión: sus labios esbozan una de sus sonrisas burlonas. Lo sé, ¡tengo mucha imaginación! Sin pensarlo, apago las veladoras. Ya las encenderé antes de irme a la escuela.

Vuelvo a la cama. Me siento mejor sin las luces tintineantes. El cuarto sólo está iluminado por la luz amarillenta de la calle que entra por la ventana. Todo bien, todo normal.

Estoy a punto de dormir, de cruzar ese bonito puente

hacia la inconsciencia, cuando lo escucho. Es como si alguien, escondido en las sombras del cuarto, intentara decir algo, pero lo hace con una garganta inservible, sin laringe.

Me incorporo, me digo que tal vez ya estaba soñando. Entonces, lo escucho de nuevo. Es un sonido que conozco muy bien.

Esa tos.

Rota, cargada de piedras y nódulos. Siento un latigueo de horror en el pecho y mi mente busca con desesperación una explicación lógica: tal vez alguien entró a mi cuarto. Estiro la mano y enciendo la lámpara del buró. No hay nadie, sólo yo y mi dibujo en el suelo.

Pasan unos minutos, escucho automóviles en la calle, alguna solitaria ambulancia y ladridos de perros, poco más. ¡No voy a dejarme llevar por un juego que yo mismo inventé! Llego a la conclusión de que el cansancio y el estado supersticioso de mi madre y de tía Lupe me arrastraron a una exaltación de los sentidos. Mi ensayo se titula "Yo no creo en espíritus", y me atengo a eso, no puedo dejarme llevar por fantasmagorías.

Con la confianza restaurada, apago la lámpara y, después de un minuto, la oigo…

Esa tos.

Esa molesta y asquerosa tos.

—¡No hice nada, no fue mi culpa! —dice alguien más en el cuarto, pero resulta que soy yo, Chendo, sonando lloroso, chillón.

En la penumbra, entre las sombras alargadas, siento el hálito nauseabundo de alguien muy enfermo que está a escasos centímetros de mi cara.

Me estiro para encender otra vez la lamparilla, pero mi mano aletea como un pájaro sin asidero. ¿Dónde está el interruptor? ¡Alguien lo ha movido! Eso no puede ser, acabo de tenerlo entre mis dedos. A toda prisa, intento seguir el cable desde la base, pero con un movimiento apresurado de la mano golpeo la lámpara y cae al suelo. Escucho cómo el foco se hace pedazos. "Tranquilo, sólo estás imaginando cosas", me repito. Ahora debo eliminar esas engañosas sombras y encender la luz general del cuarto, pero el interruptor de la pared está junto a la puerta y tengo que pasar al lado del dibujo y las manchas.

Cuando paso por ese punto, lo veo… o no… ¡Ya no estoy seguro! Pero brota del suelo, justo del lugar donde está mi dibujo. Lentamente, toma el aspecto de un hombre viejo, con barba descuidada, esquelético, un saco de huesos y tumores. Y la tos, siempre la espantosa tos. Sé que me mira fijamente, que siente mi terror y está feliz por joderme.

—Déjame, tú ya estás muerto —murmuró—. Lo sé… Yo te vi.

Tengo que actuar de manera coherente. Si las sombras son las que producen engaños en mi mente, entonces debo cerrar los ojos y avanzar hacia el interruptor. Eso hago, pero al dar el siguiente paso algo se aferra a mi pierna. Sin abrir los ojos, me digo que eso no es posible, que tal vez me enredé con el cable de la lámpara. Siento con claridad unos dedos que sujetan el pantalón de mi pijama.

Da otro jalón, tan fuerte que caigo entre ridículos chillidos. Sobre mí reptan unas manos, secas y duras como ramas. Unos dedos descarnados buscan mi garganta. Como reflejo, abro los ojos y quedo paralizado de horror al ver una masa negra adherida a mí. La mano presiona con más

fuerza mi cuello y mis gritos se hacen inaudibles.

Con un súbito impulso, tiro una mesita, me arrastro hacia la pared y ahí, acorralado, vuelvo a sentir el aliento agrio que me sigue, alguien sin voz que intenta repetir mi nombre… nuestro nombre. Estiro el brazo y, al fin, alcanzó el interruptor. Se enciende la luz. Nadie.

Estoy solo en el cuarto, temblando y lloroso.

Delante de mí está la mesita volcada, mi mochila abierta, la computadora portátil, la lámpara con el foco roto y todo el caos que yo mismo ocasioné durante mi ataque de pánico.

Río aliviado, casi eufórico. En el suelo sigue mi maldito dibujo y las manchas. Sin dudarlo, corro por agua, jabón, cloro y un cepillo. Lavo bien el suelo, friego hasta que desaparece cada rastro de té negro, de mugre previa. Dejo el piso inmaculado. No me importa la furia de mi madre y de tía Lupe. Ya les explicaré todo, confesaré que fue parte de un trabajo escolar, tal vez hasta les resulte interesante el fenómeno de la pareidolia, tal vez no… no importa.

Sólo quiero descansar un poco, reponerme de este embate de mi imaginación, porque eso fue, me repito antes de dormir.

VI

Sé que me he portado mal. Volví a actuar de manera irracional, pero mi petición es muy simple: quiero que todos dejen de jugar.

Esto lo inicié yo, por eso me enoja tanto que quieran tomarme el pelo, porque eso es lo que está pasando, sólo que todavía no entiendo cómo consiguen hacerlo, aunque

repaso una y otra vez los eventos para buscar la falla, el embuste.

Hoy en la mañana salí temprano. Los miércoles me toca ser ayudante en el laboratorio de química y no quería estar presente en el momento en que mi madre y tía Lupe se asomaran a mi cuarto para dar los buenos días a su papaíto impreso con manchas de té y descubrieran que lo borré con suficiente cloro como para desinfectar el edificio entero.

Pensé que mi madre y tía Lupe me marcarían al celular o enviarían un mensaje de texto con un airado reclamo… pero nada. Supuse que estaban en *shock*.

Pasó la mitad del día y, al no tener noticias, comencé a inquietarme. Tal vez la furia de mi madre y de tía Lupe era tan intensa que esperaban hacer el reclamo en persona. Está bien, me preparo para recibir el peor regaño de mi vida.

Al volver a casa, estoy listo para justificarme en nombre de la ciencia. Voy a explicar mi experimento sobre la pareidolia y el poder del fenómeno de la sugestión. ¡Hasta yo fui una víctima! Estoy dispuesto incluso a relatar mi propia terrorífica experiencia (imaginaria). ¡Todos fuimos ratas de laboratorio! Después del castigo, espero que todo vuelva a la normalidad.

Pero llego al departamento y encuentro a mi madre poniendo la mesa.

—Chendito, lávate las manos —me pide—, debes tener hambre.

Rastreo algún tono raro en su voz: reclamo, furia, ironía soterrada… nada.

Tía Lupe sale desde la cocina con una olla de sopa caliente que coloca en una tabla. La dinámica es tan normal, que comienzo a asustarme.

—¿No están molestas conmigo? —pregunto.

—¿Por qué, Chendito? —pregunta tía Lupe, removiendo la sopa humeante.

—Por lo que hice en el cuarto —murmuro.

Mi madre y tía Lupe guardan silencio un instante y, al final, mi mamá dice:

—No pasa nada, Chendito. Si apagaste las veladoras, sabemos que lo hiciste para no causar un accidente.

—Pero ya conseguimos otras de vaso más grande —sonríe tía Lupe.

—No hablo de eso, sino de lo otro… del suelo… de la mancha… —insisto.

Me miran con desconcierto.

—¿De qué hablas, hijo? —mi madre ayuda a servir la sopa—. Mejor lávate las manos.

—La mancha que quité en la madrugada —confieso, molesto—. Pueden decirme lo que quieran, no importa. Yo les explico porqué ya no está.

Pero las reacciones de mi madre y de tía Lupe se hacen cada vez más indescifrables. Su pasmo, la inmovilidad, comienzan a irritarme. Corro a la habitación para mostrar mi pecado y… entre veladoras y flores, encuentro la imagen del abuelo Rosendo. Su jeta está exactamente igual, con la mirada ladina y los labios entreabiertos en una media sonrisa.

—¡La volvieron a pintar! —grito indignado—. ¡Es el colmo!

—¿Qué pasa, hijo? —en la cara de mi madre leo auténtica preocupación.

— ¡Saben de qué estoy hablando! —el control es algo que comienza a estar fuera de mi alcance—. ¡Esta

madrugada borré mi dibujo! ¡Sí, era mío, yo lo hice!

Tía Lupe cruza una mirada rara con mi madre.

—Ya entiendo, ¿es una lección? —gruño con una risa rasposa—. Me la están regresando, ¿eh? ¡Qué listas! Está bien, tal vez me lo merezco.

Mi madre y mi tía me dedican una mirada bovina.

—¡Digan algo! ¡No se queden así! —grito, y luego lo veo en el espejo.

Me acerco y descubro en mi cuello un rastro rojizo. ¿Es el contorno de la mano cadavérica que intentó estrangularme? Ya no lo sé, la pareidolia es tan engañosa.

Se desconecta mi autocontrol. Desesperado, voy al comedor por la olla de sopa caliente y la arrojo al piso. Intento borrar de nuevo el horrible dibujo, mi dibujo, porque yo lo hice. Uso mis propias manos, las mangas de la camisa.

—¡¿Con qué la volvieron a pintar?! —grito—. ¡¿Por qué no se borra?!

—Chendito, por favor, tranquilízate —mi madre me toma de un brazo.

Esa tos.

Esa horrible tos. Estoy seguro de que acabo de oírla.

—¿Escucharon eso? —pregunto con miedo.

—Papá sigue con nosotros —dice tía Lupe, emocionada.

—Ahora sí nos va a cuidar —asegura mi mamá—. Regresó para quedarse.

—¿No entienden? ¡El abuelo está muerto! —comienzo a dar puñetazos al dibujo—. ¡Yo vi cuando se atragantó con su vómito! No dije nada, no avisé, no lo moví. De todos modos, se iba a morir. Necesitaba mi cuarto. ¡Cualquiera hubiera hecho lo mismo que yo!

Me detengo exhausto, avergonzado de mi confesión. ¿Querían un mensaje?, ahí lo tienen.

Luego, miro la mancha… o la mancha me mira, ya no estoy seguro. La sopa se ha mezclado con mi propia sangre y define mejor el contorno del viejo… ¡Maldita pareidolia!

—Ya lo sabíamos —murmura mi madre.

—Él mismo nos lo dijo —agrega tía Lupe—, y ya te perdonó.

VII

No sé cuánto tiempo más seguiré aquí, espero que me saquen pronto. Sé que mi madre y tía Lupe están jugando, y reconozco que son mejores de lo que pensé en el juego de las sombras.

La comida aquí es atroz y los tipos de las otras habitaciones no dejan de gritar, pero eso es bueno, me distraen.

Es complicado escribir en mi libreta de notas. Sólo tengo acceso a un bolígrafo bajo supervisión y me pongo muy mal si se mezclan las palabras o si se chorrea la tinta y aparece una mancha. Me aterrorizan las manchas. A veces, prefiero tener los ojos cerrados todo el día, porque sé que él está aquí, acechándome, en la irregular superficie del tirol del techo, entre las vetas de la madera de las puertas, bajo el sarro del retrete, escondido en el diseño marmoleado del mosaico. En la noche es todavía peor, porque se alimenta con las sombras que proyectan los barrotes de la ventana y se despega de la pared y del suelo, se acerca a mí. Siempre es el mismo rostro… una y otra vez. Me mira… y sonríe.

Sé que se trata de un efecto psicológico que tiene

nombre de afección médica. Sé que se esfumará cuando consiga desactivarlo en mi cerebro. Lo que no entiendo es por qué también lo oigo…

Esa tos, esa maldita tos.